





VIDAS SECAS



GRACILIANO RAMOS

VIDAS SECAS

PRÓLOGO DE
MARCOS ANTONIO DE MORAES



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1052-6

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
www.bandaoriental.com.uy

Carátula: Fidel Sclavo

Corrección: Alfredo García

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 2018

PRÓLOGO

Regional, universal

Por lo menos en tres oportunidades, Graciliano Ramos (Quebrangulo, Alagoas, 1892 - Río de Janeiro, 1953) aportó su testimonio sobre el proceso de creación de *Vidas secas*, novela que publicó en 1938 la Editorial José Olympio, de Río de Janeiro. Para empezar, en “Algunos tipos sin importancia”, artículo de 1939, el escritor describe su propia trayectoria literaria y, al mismo tiempo, revela la sustancia con que están formadas las “criaturas que puse en circulación”. *Vidas secas* habría nacido con el relato de la “muerte de una perra, bicho que salió muy inteligente”, al que siguieron otras “páginas sobre los dueños del animal”.

Desde esa confesión inicial, incluida póstumamente en el libro de crónicas *Linhas tortas* (1962), se hizo evidente el carácter autónomo de los relatos que componen *Vidas secas* que, a partir de mayo de 1937, Graciliano fue produciendo y divulgando en la prensa, en un orden diferente al que aparecieron en el volumen. Para Graciliano Ramos, esas historias “tanto pueden ser cuentos como capítulos de una novela”. Los otros dos testimonios de que disponemos –una entrevista de Francisco de Assis Barbosa, incluida en *Homenagem a Graciliano Ramos* (1943), y la declaración al coleccionista João Condé, en 1944^(*) reafirman el trazado discontinuo de su creación, y aportan “*recuerdos de infancia*” vividos en pequeñas ciudades del nordeste brasileño, desde luego

(*) Estas palabras fueron difundidas en la sección “Archivos implacables” de la revista *O Cruzeiro*, en 1953.

que transfigurados por la ficción. Así, Fabiano y doña Vitória tendrían rasgos de los abuelos del escritor, y la perra Baleia realmente habría sido sacrificada en Maniçoba, en el interior del estado de Pernambuco. Entre los elementos ligados a la factura de la novela, el testimonio del autor muestra que *Vidas secas* se llamó, en una primera versión, *O mundo coberto de penas* (*El mundo cubierto de plumas*), nombre de uno de los capítulos. Los manuscritos de la obra, conservados por el editor, aún tienen un título borroneado que lo antecedió: *Baleia*.

En otra perspectiva, ligada al significado y los propósitos de esta ficción, el escritor deja entrever a João Condé su crítica a la retórica literaria inocua y a los regionalismos idealizantes, así como su compromiso con la realidad de la gente simple y sufrida, que conoció de cerca en su tierra natal, Alagoas: “*Hice el librito sin paisajes, sin diálogos. Y sin amor. En eso, por lo menos, debe tener algo de original. Ausencia de tipos bien hablados, quemas, inundaciones, rojos ponientes, amoríos de mulatos. Mi gente, casi muda, vive en una casa vieja de la estancia; los adultos, preocupados con el estómago, no tienen tiempo para abrazarse*”.

El aislamiento cultural y económico de esos “*vivientes*” de la novela, que luchan para sobrevivir en un espacio físico y social hostil, sería una consecuencia de la histórica desigualdad de Brasil, un país escindido desde siempre entre el litoral –con los ojos puestos en Europa y, después, en Estados Unidos– y el interior, olvidado, marginado, arcaico. Aparte de esto, las asimetrías económicas polarizaron las regiones norte y sur. El sur/sureste, de clima ameno, enriquecido por la economía cafetera de fines del XIX, que se encaminó a un ciclo industrializador después de la primera guerra mundial, se contrapone al nordeste, tórrido en grandes extensiones, decadente luego de la opulencia que había hecho posible la exportación del azúcar en tiempos de la colonia. En el siglo XX, estos contrastes confirmaron la hibridación ideológica de un país en el cual conviven los ideales de la “*Revolução Tenentista*”, de 1930, que incorporó a la pequeña burguesía urbana

excluida del proceso histórico después de la proclamación de la República en 1889, y, por otra parte, la fuerza tradicionalista de las oligarquías, sustentada por el sistema patriarcal que se funda en el latifundio y el esclavismo, todo lo cual dejó raíces profundas en la formación social de Brasil.

En esta encrucijada histórica, plena de contradicciones, la literatura de Graciliano Ramos actúa de manera comprometida, pero sin caer en el panfletarismo ingenuo vigente en mucha literatura de los años treinta y cuarenta. El vínculo del escritor con las causas de su tiempo se hace ostensible en el artículo “Norte e Sul”, publicado en abril de 1937, en el que afirma, con ironía: “*realmente los nordestinos han escrito cosas inconvenientes*”, ya que aluden “*al hambre y a la miseria de los ingenios, de las prisiones, de los barrios obreros, de las casas de inquilinato*” (*Linhas tortas*).

Esos dos caminos posibles para la percepción crítica de *Vidas secas* —el proceso de creación y la ideología subyacente—, visibles en los testimonios referidos, preanunciaban dos líneas de fuerza interpretativa que florecerían en la extensa fortuna crítica de la obra. Dichas vertientes se abren hacia los estudios estilísticos, formalistas, sociológicos, psicobiográficos y aun hacia la crítica genética. Con todo, los procedimientos hermenéuticos no pudieron agotar la compleja ingeniería de esta escritura marcada, antes que nada, por la concisión. En su artículo “50 años de *Vidas secas*”, Antonio Candido señaló que este libro es “*uno de los pocos en nuestra literatura que parece mejorar con el paso del tiempo, porque se actualiza cada vez más a medida que lo releemos*”. Tal permanencia se da, con certeza, porque por un lado la novela ostenta un excepcional dominio técnico de la expresión literaria y, por otro, una actualidad temática, referida a la opresión, la exclusión social, la expoliación del trabajador que, como se sabe, es tan fuerte en la “*periferia del capitalismo*”.

Estudios ahora clásicos, como los de Lúcia Miguel-Pereira (reseña en el *Boletim de Ariel*, 1938); de Antonio Candido (*Ficção e confissão*, 1956) y de Rolando Morel Pinto (*Graciliano*

Ramos, *autor e ator*, 1962), trabajan sobre las potencialidades de la forma novelesca. En 1938, Lúcia Miguel-Pereira abrió la discusión sobre el “*problema de la clasificación*” de este texto, construido—propuso—en una “*estructura discontinua*”. La crítica posterior retomó el debate sobre los modos de articulación de los “cuadros” que componen la novela, “cuadros” aparentemente desmontables y autónomos, como sugirió el propio autor. Frederick G. Williams, en su ensayo “*Vidas secas*, de Graciliano Ramos: aspectos de una obra maestra del realismo” (*Revista de Cultura Brasileira*, Madrid, 1973) captó la coherente relación binaria y circular de los 13 capítulos que lo integran, demostrando que el primero (“Mudança”) se une temáticamente al último (“Fuga”), el segundo al penúltimo, el tercero al antepenúltimo, etcétera, hasta llegar al capítulo central (“Inverno”): tiempo de lluvia interrumpido por períodos de sequía. Se acentúa, así, en esa formulación narrativa circular, la frontera estricta en que se mueven los personajes. Además, los mencionados “cuadros” propiciarían la idea del aislamiento de los personajes.

En la exploración de las relaciones entre “forma” y “contenido”, se acumulan también los estudios que indagan en las estrategias del foco narrativo. La presente traducción, por cierto, se ha esmerado en captar las sutilezas del discurso indirecto libre, estrategia decisiva en la producción de significados de la narrativa global. Como los *sertanejos* del libro fueron socialmente desprovistos de una expresión verbal mejor organizada, el narrador necesita traducir sus sentimientos y los de Baleia. En su ensayo *Cielo, infierno*, de 1988, Alfredo Bosi propone la fórmula “*realismo crítico*” como hipótesis de interpretación de la novela, partiendo del análisis de las metamorfosis del narrador. Desde la perspectiva de Bosi, la ficción aproxima dos grados de conciencia diferentes: imbrica la conciencia histórica del narrador y el pensamiento “precario” de los personajes. Aunque el autor manifieste su simpatía por los personajes populares, “*trae consigo un saber que su concepción crítica de la sociedad no hace necesario recalcar*”. Así, el lector puede aprehender los matices de aproximación y los distanciamientos entre los dos discursos. El apartamiento

se hace mayor en el último capítulo, cuando las chispas de esperanza de Fabiano y de doña Vitória, en esa triste caminata en dirección a las grandes ciudades del sur/sureste, se topa con la conciencia crítica del narrador, quien ya conoce el infortunado destino de todos: “*Chegariam a uma terra desconhecida e civilizada, ficariam presos nela*”^(*).

En puridad, todos los personajes de Ramos parecen situarse bajo el signo de la impotencia. El literato y empleado de comercio João Valério (*Caetés*, 1933) termina por reconocer la condición de su existencia sometida a la inercia de una vida pequeño burguesa; el estanciero Paulo Honório (*São Bernardo*, 1934), brutal y egoísta, se enclaustra en un remordimiento inerme; el funcionario público Luís da Silva (*Angústia*, 1936), luego de asesinar a su rival, concluye que “*treinta y cinco años me habían convencido de que solo me podía meter en la voluntad de los otros*”. La impotencia de Fabiano resulta del enfrentamiento con un mundo seco y bárbaro, que lo masacra. El emigrante rural y su familia, sometidos ante fuerzas telúricas y del poder, “*ruedan en un ámbito exiguo, sin salida ni variedad*”, según observara Antonio Candido.

A Fabiano le parece “*natural*” que llegue la seca, pues “*sempre tinha sido assim, desde que ele se entendera*”^(**). El vaquero también “*sabía perfeitamente que era assim, acostumara-se a todas as violências, a todas as injustiças*”^(***). Sin cuestionamientos, la revuelta contra ese estado de cosas apenas despunta en los límites de la conciencia del personaje: “*Aparentemente resignado, sentia um ódio imenso a qualquer coisa que era ao mesmo tempo a campina seca, o patrão, os soldados e os agentes da prefeitura. Tudo na verdade era contra ele*” (“*Contas*”)^(****). La

(*) “*Llegarían a una tierra desconocida y civilizada y quedarían presos en ella*”.

(**) “*Siempre había sido así, desde que tenía uso de razón*”.

(***) “*Sabía perfectamente que era así, estaba acostumbrado a todas las violencias, a todas las injusticias*”.

(****) “*Aparentemente resignado, sentía un odio inmenso a algo que era al mismo tiempo la campiña reseca, el patrón, los milicos y los funcionarios municipales. En verdad, todo estaba contra él*”.

impotencia ante la vida lo animaliza, y él y su familia “ganan” atributos de los seres irracionales (bueyes, tatús, monos...); viven en el mismo plano de la perra Baleia. Y esta, en cierta medida, por su capacidad de sobrevivencia, se impone por su “humanidad”, y posee mayor importancia que los niños, el “menor” y el “mayor”, es decir, aquellos que ni siquiera tienen nombres propios. Con un lenguaje limitado, esos seres marginales carecen de herramientas para argumentar y, en consecuencia, para defenderse. Tanto el dueño de las tierras cuanto el poder social instituido no reconocen su humanidad como tal ni, por lo tanto, sus derechos. Por fin, concluyendo el dolor intenso, concurre la visión del ineluctable atavismo que prolongará en los hijos la señal de la pobreza y de la sujeción de los padres.

El paisaje árido del nordeste brasileño, con sus *mandacarus* y sus vacas flacas, el modo de vivir adherido a ese espacio, los términos que nombran utensilios y objetos de la cotidianeidad rural, ciertos giros lingüísticos, todo este conjunto podría, eventualmente, garantizar el carácter “regionalista” de *Vidas secas*. Sin embargo, la narrativa de Graciliano Ramos consigue trascender ese rótulo, ya que no procura lo exótico ni lo pintoresco. El paisaje no es escenario, sino sustancia misma de la narración. La universalidad de esa experiencia literaria se sitúa en su capacidad de captar “*la visión dramática de un mundo opresivo*”, para recuperar una vez más la expresión siempre pertinente de Antonio Candido. Mientras existan clases sojuzgadas, hombres expoliados, horizontes ideológicos restringidos por conveniencias políticas, *Vidas secas* siempre será una especie de grito de revuelta o, en otras palabras, el aguijón de la conciencia.

Marcos Antonio de Moraes^(*)

(*) Marcos Antonio de Moraes es profesor de Literatura Brasileira en la Universidad de São Paulo (USP), e investigador del Instituto de Estudos Brasileiros (IEB) de la misma Universidad. Entre sus trabajos críticos, se destacan las eruditas ediciones de la correspondencia de Mário de Andrade con Murilo Rubião (1995) y con Manuel Bandeira (2000). La traducción de este prólogo, escrito especialmente para este volumen, fue efectuada por Pablo Rocca.

Mudanza

En la rojiza planicie los *juazeiros* extendían dos manchas verdes. Después de caminar el día entero, los infelices estaban cansados y hambrientos. Comúnmente andaban poco, pero como habían descansado bastante en la arena del río seco, el viaje pudo progresar sus buenas tres leguas. Hacía horas que buscaban una sombra. El follaje de los *juazeiros* se veía lejano entre las ramas peladas de la *catíng*a rala.

Se arrastraron hacia allá, lentamente; doña Vitória llevando al hijo menor suspendido en la ijada y el baúl de hojalata^(*) sobre la cabeza; Fabiano sombrío, tambaleándose al andar, el morral a la bandolera, la calabaza que oficiaba de caramañola suspendida por una correa al cinturón, la espingarda de pedernal al hombro. El hijo mayor y la perra Baleia iban atrás.

Los *juazeiros* se aproximaron, retrocedieron, desaparecieron. El hijo mayor se sentó en el suelo y empezó a llorar.

—¡Vamos, condenado del diablo! —le gritó el padre.

Como no obtuviese respuesta, lo golpeó con la vaina del cuchillo. El pequeño pataleó empacado; después se tranquilizó, se acostó y cerró los ojos. Fabiano le dio aún unos golpes más y esperó que se levantase. Como esto no sucedió, miró hacia todos lados, enojado, blasfemando en voz baja.

La *catíng*a se extendía con su rojo indeciso salpicado de las manchas blancas de las osamentas. El vuelo negro de los cuervos trazaba altos círculos sobre los animales moribundos.

—¡Vamos, maldito!

(*) *Baú de folha*. **Folha** [folha-de-flandres]: hoja de hierro estañado, utilizada para fabricar diversos utensilios; lata: “um baú de floha-de-flandres”. (Machado de Assis). [Aurelio]

El mocoso no se movió y Fabiano tuvo ganas de matarlo. Tenía el corazón duro y quería responsabilizar a alguien por su desgracia. La sequía se le ocurría un hecho necesario, y la obstinación de la criatura lo irritaba. Ciertamente, ese menudo obstáculo no era el culpable, pero dificultaba la marcha, y el vaquero necesitaba llegar, no sabía dónde.

Habían dejado los caminos, llenos de espinos y piedras sueltas; hacía horas que recorrían la margen del río, pisando el barro seco y resquebrajado que escaldaba los pies.

Por el espíritu atribulado del *sertanejo* pasó la idea de abandonar a su hijo en ese descampado. Pensó en los cuervos, en las osamentas, se rascó la barba colorada y sucia e, indeciso, examinó los alrededores. Doña Vitória estiró el labio indicando vagamente una dirección y afirmó con algunos sonidos guturales que estaban cerca. Fabiano introdujo el cuchillo en la vaina, y lo guardó en el cinturón. En cuclillas, tomó el pulso del niño que yacía encogido, las rodillas pegadas al estómago, frío como un difunto. Entonces la cólera desapareció y Fabiano sintió pena. Era imposible abandonar al angelito a los bichos del monte. Entregó la espingarda a doña Vitória, se echó el niño al cuello, se levantó, y tomó los bracitos que le caían flojamente sobre el pecho, finos como tientos. Doña Vitória aprobó esta solución, lanzó de nuevo la interjección gutural, hizo un gesto hacia los *juazeiros* invisibles.

Y el viaje prosiguió, más lentamente, más arrastrado, en medio de un gran silencio.

Sin su compañero, la perra Baleia tomó la delantera del grupo. Arqueada, las costillas a la vista, corría husmeando, con la lengua afuera. Y de vez en cuando se detenía para esperar a la gente, que se retrasaba.

Hasta el día anterior constituían seis vivientes, contando el papagayo. Pobrecito, había muerto en la arena del río, donde descansaron al lado de una poza: el hambre había apretado demasiado a los *retirantes* y por allí no existía señal alguna de comida. Baleia había cenado con las patas, la cabeza y los huesos de su amigo, y ni se acordaba de esto. Ahora, cuando

se detenía, dirigía las pupilas brillantes a los objetos familiares y se extrañaba de no ver sobre el baúl de lata la pequeña jaula donde el ave apenas lograba equilibrarse. También Fabiano a veces lo echaba en falta, pero en seguida recordaba. Había andado como un loco buscando raíces sin encontrarlas: se había terminado la fariña y no se oía un berrido de res perdida en la *catanga*. Doña Vitória, sentada en el suelo, con las manos cruzadas sujetando las huesudas rodillas, pensaba en antiguos acontecimientos que no se relacionaban: fiestas de casamientos, rodeos, novenas, todo en una confusión. La despertó un grito áspero, volvió a la realidad y vio al papagayo, que andaba furioso, con las patas como paletas, en una actitud ridícula. De golpe resolvió aprovecharlo como alimento y se justificó declarándose a sí misma que el papagayo era mudo e inútil. No podía dejar de ser mudo. Generalmente la familia hablaba poco. Y después de aquel desastre vivían todos callados; muy rara vez soltaban alguna palabra corta. El loro imitaba el llamado a un ganado inexistente y ladraba remedando a la perra.

Las manchas de los *juazeiros* volvieron a aparecer y Fabiano apresuró el paso, olvidó el hambre, el agotamiento y las heridas. Sus alpargatas estaban gastadas en los talones y los cordeles le habían abierto entre los dedos rajaduras muy dolorosas. Los talones, duros como cascotes, se agrietaban y sangraban.

En una vuelta del camino avistó un cerco y lo iluminó la esperanza de encontrar comida. Sintió deseos de cantar. La voz salió ronca, tremebunda. Se calló para no gastar fuerzas.

Dejaron la margen del río, siguieron el cerco, subieron una loma hasta llegar a los *juazeiros*. Hacía tiempo que no veían sombra.

Doña Vitória acomodó a sus hijos, como si fueran fardos, y los cubrió con trapos. El hijo mayor, pasado el desmayo que lo derrumbara, encogido sobre unas hojas secas, la cabeza apoyada en una raíz, se adormecía y volvía a despertar. Y cuando abría los ojos distinguía vagamente un monte próximo, algunas piedras, una carreta. La perra Baleia fue a echarse a su lado.

Estaban en el patio de una hacienda sin vida, con el corral desierto, el chiquero de las cabras arruinado y también desierto, la casa del vaquero cerrada: todo anunciaba abandono. Ciertamente, el ganado debió morir y los moradores tuvieron que escapar.

En vano Fabiano trató de escuchar un tintinear de cencerro. Se aproximó a la casa, golpeó, trató de forzar la puerta. Como encontró resistencia penetró en un cercadito lleno de plantas resecas, dio vuelta a la tapera hasta alcanzar los fondos, vio un tajamar vacío, un bosque de *catingueiras* marchitas, una estaca y la prolongación del cerco del corral. Trepó al cerco y examinó la *catinga*, donde resaltaban las osamentas y la negrura de los cuervos. Descendió, empujó la puerta de la cocina. Volvió desanimado y permaneció un instante en la varanda^(*), considerando la idea de instalarse allí con la familia. Pero cuando llegó a los *juazeiros* encontró durmiendo a los chicos y no quiso despertarlos. Fue a recoger leña y trajo del corral de las cabras una brazada de madera medio roída por las termitas, arrancó ramas de *macambira* y dispuso todo para una fogata.

En ese momento Baleia levantó las orejas, frunció el hocico al sentir olor de liebres, husmeó un minuto y localizándolas en el cerro cercano salió corriendo.

Fabiano la siguió con la vista y se maravilló: una sombra pasaba por encima del cerro. Tocó el brazo de su mujer, apuntó al cielo y permanecieron los dos durante un tiempo aguantando la claridad del sol. Enjugaron las lágrimas y fueron a echarse al lado de los hijos, suspirando. Permanecieron encogidos, temiendo que la nube se hubiese disuelto, vencida por el azul terrible, ese azul que los deslumbraba y enloquecía.

(*) *Ficou um instante no copiar. Copiar* [también *alpendre* o *varanda*]: cobertera saliente de una sola agua, a la entrada de una vivienda o rodeándola; se apoya de un lado en la pared y del otro en columnas o pilares. Podría ser traducido por *galería* o *veranda*, y hasta eventualmente por *alero*, pero apelamos a un término que es muy usual en los departamentos fronterizos con Brasil.

Los días se sucedían. Las noches cubrían la tierra bruscamente. Un tapón añil bajaba y lo oscurecía todo, apenas quebrado por los bermellones del poniente.

Insignificantes, perdidos en el desierto calcinado, los fugitivos se aferraban entre ellos para sumar sus desgracias y sus pavores. El corazón de Fabiano palpitó junto al corazón de doña Vitória; un abrazo cansado juntó los harapos que los cubrían. Resistieron a la debilidad y se separaron avergonzados, sin ánimo de afrontar nuevamente la dura luz, recelosos de perder la esperanza que los alentaba.

Se habían amodorrado y los despertó Baleia, que traía una liebre entre los dientes. Todos se levantaron gritando. El hijo mayor se restregó los párpados, alejando el sueño. Doña Vitória besaba el hocico de Baleia, y como el hocico estaba ensangrentado, lamía la sangre y sacaba provecho del beso.

Eso constituía una caza bien mezquina, pero postergaba la muerte del grupo. Y Fabiano quería vivir. Miró el cielo con ojos resueltos. La nube había crecido; ahora cubría el cerro entero. Fabiano pisó con aplomo, olvidando las rajaduras que le arruinaban los dedos y los talones.

Doña Vitória buscaba algo en el baúl; los niños fueron a quebrar una rama de *alecrim* que sirviera de asador. Baleia, el oído atento, con el trasero en reposo y las patas delanteras erguidas, vigilaba aguardando la parte que le iba a tocar, probablemente los huesos del animal y tal vez el pellejo.

Fabiano tomó la calabaza y bajó la loma, encaminándose hacia el río seco, donde encontró en el abrevadero de los animales un poco de lodo. Con las uñas cavó la arena, esperó que el agua se asentase, y echándose en el suelo bebió frenéticamente. Saciado, cayó panza arriba, mirando las estrellas que iban naciendo. Una, dos, tres, cuatro: había muchas estrellas, había más de cinco estrellas en el cielo. El poniente se cubría de cirros y una alegría insensata llenaba el corazón de Fabiano.

Pensó en la familia, sintió hambre. Cuando caminaba se movía como una cosa que, bien pensado, no se diferenciaba mucho de la rueda grande del molino de don Tomás. Ahora,

acostado, se apretaba la barriga y hacía rechinar los dientes. ¿Qué fin habría tenido el molino de don Tomás?

De nuevo miró el cielo. Los cirros se acumulaban y la luna surgió, grande y blanca. Ciertamente, iba a llover.

También don Tomás tuvo que escapar de la sequía y el molino estaba parado. Y él, Fabiano, era como la rueda del molino. No sabía por qué, pero era así.

Una, dos, tres: había más de cinco estrellas en el cielo. La luna estaba rodeada con un halo color de leche. Iba a llover. Bien. La *catinga* resucitaría, el ganado sobreviviente retornaría al corral y él, Fabiano, sería el vaquero de aquella estancia muerta. Cencerros con badajos de hueso animarían la soledad. Los chicos, gordos y colorados, jugarían en el corral de las cabras y doña Vitória vestiría vistosas polleras floridas. Las vacas llenarían el corral. Y la *catinga* sería toda verde.

Recordó a los hijos, a la mujer y a la perra, que estaban allá arriba con sed, debajo de un *juazeiro*. Recordó a la liebre muerta. Llenó la calabaza y se incorporó, marchando lentamente para no derramar el agua salobre. Subió la loma. La cálida brisa sacudía los *xiquexiques* y los *mandacarus*. Una palpitación nueva. Percibió un temblor en la *catinga*, una resurrección de ramas y hojas secas.

Llegó. Al depositar la calabaza en el suelo, la afirmó con piedras y después sació la sed de su familia. En cuclillas, removió el morral para retirar el pedernal y encendió fuego con raíces de *macambira*. Al soplar hinchaba las demacradas mejillas. Una llamarada tembló, se elevó, tiñéndole el rostro quemado, la barba colorada, los ojos azules. Minutos después la liebre crepitaba y daba vueltas en el asador de *alecrim*.

Todos eran felices. Doña Vitória vestiría una amplia pollera florida. La cara marchita de doña Vitória se remozaría, las nalgas escuálidas de doña Vitória iban a engordar, la ropa encarnada de doña Vitória provocaría la envidia de las otras paisanas.

La luna y su sombra lechosa crecían y las estrellas fueron debilitándose en esa blancura que llenaba la noche. Una, dos,

tres: ahora se veían pocas estrellas en el cielo. Ahí cerquita la nube oscurecía el cerro.

La hacienda iba a resucitar y él, Fabiano, sería el vaquero, mejor dicho el dueño de ese mundo.

Los pobres enseres estaban esparcidos en el suelo: la espingarda de pedernal, el morral, la calabaza de agua y el baúl de lata pintada. La fogata restallaba. La liebre crepitaba encima de las brasas.

Una resurrección. Los colores de la salud volverían a la cara triste de doña Vitória. Los niños se revolcarían en la tierra blanda del corral de las cabras. Por todos esos alrededores iban a tintinear los cencerros. Y la *catanga* se tornaría verde.

Baleia agitaba el rabo, mirando las brasas. Y como no podía ocuparse de esas cosas, esperaba con paciencia la hora de masticar los huesos. Después se iría a dormir.

Fabiano

Fabiano curó en el rastro la bichera de la ternera raposa^(*). Llevaba en el morral un frasco de creolina, y si hubiese encontrado al animal, lo hubiera curado como de costumbre. No lo encontró, pero cuando creyó distinguir sus pisadas en la arena se agachó, cruzó dos ramitas en el suelo y rezó. Si el animal no estaba muerto volvería al corral, porque la oración era fuerte.

Cumplido el deber, Fabiano se incorporó con la conciencia tranquila y volvió a la casa. Llegó a la orilla del río. La arena blanda lo cansaba, pero allí, en el lodo seco, las alpargatas hacían *chapchap* y los badajos de los cencerros, que le pesaban en el hombro pendiendo de los arreos, sonaban sordamente. La cabeza inclinada, el espinazo curvado, agitaba los brazos hacia ambos lados. Estos movimientos eran inútiles, pero el vaquero, el padre del vaquero, el abuelo y otros antepasados remotos se habían acostumbrado a recorrer senderos separando la maraña con las manos. Y los hijos ya comenzaban a reproducir el gesto hereditario.

Chapchap. Los tres pares de alpargatas golpeaban en el resquebrajado barro, blanco y seco encima, negro y blando debajo. El barro de la orilla del río temblaba al paso de las alpargatas.

La perra Baleia corría adelante, con el hocico fruncido, buscando a la ternera raposa en la *catina*.

Fabiano estaba satisfecho. Sí señor, se había acomodado. Había llegado con la familia muriéndose de hambre, comiendo raíces. Se desplomó en el límite del patio, debajo de un *juazeiro*, y después tomó posesión de la casa desierta. Él, la mujer

(*) Raposo: "Dícese de los bovinos de color análogo al de la raposa [zorra]". (Aurelio).

y los hijos se habían habituado a la piecita oscura –parecían ratones– y así se fue apagando el recuerdo de los sufrimientos pasados.

Pisó con firmeza en el suelo agrietado, sacó el puñal y se limpió las uñas sucias. Retiró del morral un pedazo de tabaco, lo picó, armó un cigarrillo de chala, lo encendió con su yesquero y se puso a fumar con aire satisfecho.

–Fabiano, usted es un hombre –exclamó en voz alta.

Se contuvo; notó que los chicos estaban cerca y con seguridad se sorprenderían oyéndolo hablar solo. Y, pensándolo bien, él no era un hombre: apenas era un *cabra* ocupado en cuidar las cosas de otros. Colorado, quemado, tenía los ojos azules, la barba y los cabellos pelirrojos; pero como vivía en tierra ajena y cuidaba animales ajenos, se descubría y se encogía delante de los blancos y se consideraba un *cabra*.

Miró a su alrededor, con temor de que, además de los chicos, alguien más hubiese escuchado la frase imprudente. La corrigió, murmurando:

–Usted es un bicho, Fabiano.

Esto era para él un motivo de orgullo. Sí señor, un bicho, capaz de vencer dificultades.

Había llegado en aquella situación horrible y allí estaba, fuerte, hasta gordo, fumando su cigarrillo de chala.

–Un bicho, Fabiano.

Así era. Se había posesionado de la casa porque no tenía donde caerse muerto y pasó unos días masticando raíz de *imbu* y semillas de *mucuná*. Después llegó la tormenta. Y con ella el estanciero, que lo expulsó. Fabiano se hizo el desentendido y le ofreció sus servicios, refunfuñando, rascándose los codos y mostrando una afligida sonrisa. La cuestión era que necesitaba quedarse. Y el patrón lo aceptó y le entregó los hierros para marcar el ganado.

Ahora Fabiano era vaquero y nadie lo sacaría de allí. Apareció como un bicho, se encuevó como un bicho, pero terminó por criar raíces y ya estaba plantado. Miró los *quipás*, los *mandacarus* y los *xiquexiques*. Era más fuerte que todo eso,

era como las *catingueiras* y las *baraúnas*. Él, doña Vitória, los dos hijos y la perra Baleia estaban agarrados a la tierra.

Chapchap. Las alpargatas golpeaban el suelo resquebrajado. El cuerpo del vaquero se balanceaba, las piernas trazaban dos arcos y los brazos se movían desgonzados. Parecía un mono.

Se entristeció. ¡Considerarse plantado en tierra ajena! Error. Su destino era correr mundo, andar de arriba a abajo como judío errante. Un vagabundo empujado por la sequía. Allí estaba de paso, era un forastero. Sí señor, un huésped que se demoraba demasiado y se habituaba a la casa, al corral, al chiquero de las cabras, al *juazeiro* que los había abrigado una noche.

Hizo sonar los dedos. A los saltos, la perra Baleia vino a lamerle las manos grandes y peludas. Fabiano se enterneció al recibir la caricia.

—Usted es un bicho, Baleia.

Vivía alejado de los hombres, solo se sentía bien con los animales. Sus pies duros rompían los espinos y no sentían lo quemante de la tierra. Montado, se confundía con el caballo, se pegaba a él. Y hablaba una lengua cantada, monosilábica y gutural, que su compañero entendía. A pie no se sostenía bien. Se inclinaba a un lado y a otro, se balanceaba al andar, chueco y feo. A veces utilizaba en sus relaciones con las personas la misma lengua con que se dirigía a los brutos: exclamaciones, onomatopeyas. En realidad, hablaba poco. Admiraba las palabras largas y difíciles de la gente de la ciudad y en vano trataba de reproducir algunas, pero sabía que eran palabras inútiles y posiblemente peligrosas.

Uno de los chicos se acercó preguntándole algo. Fabiano se detuvo, arrugó la frente y esperó con la boca abierta la repetición de la pregunta. Como no comprendiese lo que el hijo deseaba, lo reprendió. El niño estaba poniéndose muy curioso, demasiado entrometido. Si continuaba así, metiéndose donde no le importaba, ¿dónde iría a parar? Lo rechazó, amoscado:

—Estos diablos tienen cada idea...

No completó el pensamiento, pero le pareció que eso estaba mal. Trató de acordarse de su infancia y se vio menudo,

raquítico, con la camiseta sucia y rota, acompañando a su padre en los trabajos del campo e interrogándolo inútilmente. Llamó a los hijos y trató de interesarlos por cosas inmediatas. Golpeó las manos:

—¡Ecô! ¡Ecô!

La perra Baleia salió corriendo entre los *alastrados* y los *quipás* rastreando a la ternera raposa. Minutos después retornó desanimada, triste, con el rabo caído. Fabiano la consoló, la mimó. Solo quería enseñarles a los chicos. Era bueno que ellos supiesen proceder así.

Alargó el paso, dejó el barro seco de la orilla del río para alcanzar la cuesta que llevaba al patio. Iba inquieto, con una sombra en los ojos azules. Era como si en su vida hubiese aparecido un agujero. Necesitaba hablar con su mujer, alejar esa preocupación, llenar canastos con pedazos de *mandacaru* para dárselos al ganado. Afortunadamente, la ternera estaba curada con el rezo. Si moría no sería por culpa de él.

—¡Ecô! ¡Ecô!

Baleia saltó de nuevo entre las *macambiras*, inútilmente. Los niños se divirtieron, se animaron y Fabiano se tranquilizó. Eso sí que estaba bien. Baleia no podía encontrar la ternera en la maraña de *macambiras*, pero era conveniente que los niños se acostumbraran al ejercicio fácil: palmotear, extenderse gritando, siguiendo los movimientos del animal. La perra estaba otra vez de vuelta, jadeando, con la lengua afuera. Fabiano tomó la delantera del grupo, satisfecho de la lección, pensando en una yegua que iba a montar, una yegua que no conocía silla ni había sido herrada. Un tremendo barullo sacudiría la *catinga*.

Ahora quería entenderse con doña Vitória respecto a la educación de los chicos. En realidad, ella no tenía culpa alguna. Ocupada en los trabajos de la casa, regando los claveles y las macetas con plantas^(*), bajando al abrevadero con el pote vacío

(*) *Panelas de losna*. *Panela* es olla, de barro o de metal, en este caso utilizadas como macetas. *Losna* es una clase de plantas compuestas que suelen cultivarse por sus propiedades medicinales.

para subirlo lleno, dejaba a sus hijos sueltos en el tajamar, enlodados como puercos. Y ellos estaban insoportables de preguntones. Fabiano se sentía bien con la ignorancia. ¿Tenía derecho a saber? ¿Tenía? No tenía.

—Eso es.

Si aprendiese alguna cosa, necesitaría aprender más y nunca quedaría satisfecho.

Se acordó de don Tomás, el del molino. De los hombres del sertón, el de más mala suerte era don Tomás el del molino. ¿Por qué? Solo porque leía demasiado. Él, Fabiano, muchas veces le había dicho: “Don Tomás, usted parece no darse cuenta. ¿Para qué tanto papel? Cuando llegue la desgracia, don Tomás, usted se fastidiará como cualquiera”. Pues vino la sequía y el pobre viejo, tan bueno y tan leído, perdió todo, y andaba por ahí sin poder levantar cabeza. Tal vez ya hubiese perdido el pellejo, porque una persona así no aguantaba un verano de los bravos.

Ciertamente, esa sabiduría inspiraba respeto. Cuando don Tomás el del molino pasaba, amarillento, grave, algo jorobado, montado en un caballo ciego que se movía como pidiendo permiso, Fabiano y otros como él se descubrían. Y don Tomás contestaba tocándose el ala del sombrero de paja y se daba vuelta hacia los lados, abriendo mucho las piernas calzadas con botas negras con remiendos colorados.

En horas de locura Fabiano deseaba imitarlo: decía palabras difíciles, entreverando todo, y quería creer que podía hablar mejor. Tonterías. Claramente se veía que un individuo como él no había nacido para hablar bien.

Don Tomás el del molino hablaba bien, estropeaba sus ojos encima de periódicos y libros, pero no sabía mandar: pedía. Era una rareza que un hombre de sus medios fuera tan cortés. La gente le censuraba esas maneras. Pero todos le obedecían. ¡Ah! ¿Quién puede decir que no le obedecían?

Los otros blancos eran diferentes. Su actual patrón, por ejemplo, chillaba sin motivo alguno. Casi nunca venía a la hacienda y solo ponía los pies en ella para encontrar que todo estaba mal. El ganado aumentaba, el trabajo iba bien, pero

el propietario no se cansaba de retar al vaquero. Era natural. Reprimía porque podía hacerlo, y Fabiano escuchaba las reprimendas con el sombrero de cuero debajo del brazo, se disculpaba y prometía corregirse. Mentalmente juraba no corregirse en nada, porque todo estaba en orden y el amo solo quería mostrar su autoridad y gritar que era el dueño. ¿Quién lo dudaba?

Fabiano, una cosa de la hacienda, un trasto, sería despedido cuando menos lo esperase. Al ser contratado había recibido el caballo de trabajo, polainas, jubón de cuero, guardamontes y zapatones de cuero crudo, pero al irse tendría que dejar todo esto al vaquero que lo reemplazase.

Doña Vitória deseaba tener una cama igual a la de don Tomás el del molino. Tonterías. Nada decía, para no contrariarla, pero sabía que se trataba de una soberana tontería. ¿Los peones pueden gastar lujos? Y estaban allí de paso. Cualquiera día el patrón los echaba y tendrían una vez más que rodar por el mundo, sin rumbo ni medios para conducir los trastos. Vivían con la alforja lista; volverían a dormir debajo de un árbol.

Miró la *catina* amarilla, que el poniente enrojecía. Si llegase la seca no quedaría una sola planta verde. Lo recorrió un escalofrío. Porque llegaría, naturalmente. Siempre había sido así, desde que tenía uso de razón. Y aun antes de nacer, siempre sucedió lo mismo: los años buenos se alternaban con los malos. La desgracia estaba en camino, quizás anduviese cerca. Ni valía la pena trabajar. Él caminaba rumbo a la casa, trepando la loma, haciendo rodar las piedras sueltas con las alpargatas; ella se acercaba a todo galope, con ganas de matarlo.

Volvió el rostro para escapar de la curiosidad de los niños y se persignó. No quería morir. Esperaba correr mundo, ver tierras nuevas, conocer gente importante como don Tomás el del molino. Era una suerte ruin, pero Fabiano quería pelear contra la mala suerte y tener fuerzas para vencerla. No quería morir. Estaba escondido en el *mato* como un tatú. Era duro y lerdo como un tatú. Pero un día saldría de la cueva y andaría con la cabeza levantada, sería un hombre.

—Un hombre, Fabiano.

Se rascó la barbuda mandíbula, se detuvo y volvió a encender el cigarrillo. No, probablemente no sería nunca un hombre: sería lo mismo durante toda la vida, un *cabra* manejado por los blancos, casi una res en hacienda ajena.

¿Pero después? Fabiano tenía la seguridad de que no terminaría tan pronto. Conocía días sin comer, apretándose el cinturón, encogiendo el estómago. Viviría muchos años, viviría un siglo. Pero en caso de morirse de hambre o en los cuernos de un toro, dejaría hijos robustos que engendrarían otros hijos.

Todo estaba seco a su alrededor. Y el patrón también era seco, tan impaciente como exigente y ladrón, espinoso como un *mandacaru*.

Era indispensable que los niños siguieran el buen camino, supieran cortar *mandacaru* para el ganado, componer cercos y amansar los animales bravos. Era necesario que se hiciesen duros, que se convirtiesen en verdaderos tatúes. Si no se endurecían, tendrían el mismo fin que don Tomás el del molino. ¡Pobrecito! ¿Para qué le sirvió tanto libro y tanto diario? Murió por su estómago enfermo y por sus piernas débiles.

Un día... Sí, cuando las sequías desapareciesen y todo anduviese bien... ¿Pero podía ser que las sequías desapareciesen y todo anduviese bien? No lo sabía. Don Tomás el del molino debió de haber leído algo sobre esto. Libres de ese peligro, los niños podrían hablar, preguntar y tener todos los caprichos. Ahora tenían el deber de comportarse como gente de su laya.

Llegó al patio y observó la casa oscura, baja y de tejas negras; dejó atrás los *juazeiros*, la carreta y las piedras donde se arrojaban las víboras muertas. Las alpargatas de los chicos resonaban en el suelo blanco y liso. La perra Baleia trotaba con la boca abierta, jadeante.

A esa hora doña Vitória debía de estar en la cocina, acullada junto al fogón, la pollera florida ajustada entre los muslos, preparando la cena. Fabiano sintió ganas de comer. Después de la cena hablaría con Vitória respecto a la educación de los niños.

Calabozo

Fabiano fue a la feria de la ciudad a comprar provisiones. Necesitaba sal, fariña, porotos y *rapaduras*. Además, doña Vitória le había pedido una botella de queroseno y un corte de percal colorado. Pero el queroseno de don Ignacio estaba mezclado con agua y el percal que tenía de muestra era demasiado caro.

Fabiano recorrió los negocios, eligiendo el paño, regateando vintén por vintén, con temor de ser engañado. Andaba indeciso y demostraba su rotunda desconfianza con gestos maliciosos. Al atardecer sacó el dinero, medio tentado a comprar, pero en seguida se arrepintió, seguro de que todos los empleados de tienda robaban en el precio y en la medida: anudó los billetes en la punta del pañuelo, los guardó en el bolsillo y se dirigió al boliche de don Ignacio, donde había dejado los bolsos.

Allí se convenció una vez más de que el queroseno estaba bautizado y decidió beber un trago fuerte, pues sentía calor. Don Ignacio trajo la botella de aguardiente. Fabiano vació el vaso de un trago, escupió, se limpió los labios con la manga, contrajo el rostro. Juraría que la *cachaça* tenía agua. ¿Por qué sería que don Ignacio echaba agua en todo?, se preguntó mentalmente. Se animó e interrogó al bolichero:

—¿Por qué le echa agua a todo?

Don Ignacio hizo que no escuchaba. Y Fabiano fue a sentarse en la vereda, resuelto a conversar. Su vocabulario era reducido, pero en horas de confidencias se enriquecía con algunas expresiones de don Tomás, el del molino. Pobre don Tomás. Un hombre tan decente echarse a perder como un

bichicome, andar por este mundo con sus trastos a cuestras. Y era una persona de consideración, que votaba. ¿Quién lo diría?

En ese momento un policía amarillo^(*) se acercó y le golpeó familiarmente el hombro:

—¿Qué tal, amigo? ¿Jugamos un treinta y uno ahí adentro?^(**)

Fabiano atendió al uniformado con respeto y balbuceando, tratando de encontrar las palabras de don Tomás el del molino:

—Eso es. Vamos y no vamos. Quiero decir: en fin, con todo, etc. Está bien.

Se incorporó y caminó detrás del amarillo, que era autoridad y mandaba. Fabiano siempre había obedecido. Tenía médula y sustancia, pero pensaba poco, deseaba poco y obedecía.

Atravesaron el boliche, el corredor, desembocaron en una sala donde varios tipos jugaban a la baraja encima de una esterilla.

—Hagan lugar, que llega gente —ordenó el policía.

Los jugadores se apretujaron, los dos hombres se sentaron y el policía amarillo tomó el mazo. Pero con tanta mala suerte, que al poco tiempo lo estaban pelando. Fabiano también empezó a perder. Doña Vitória iba a enfurecerse y con razón.

—Me lo tengo merecido.

Se incorporó furioso y trompudo; salió de la sala.

—Espere, paisano —le gritó el amarillo.

Fabiano, con las orejas ardiendo, no se volvió. Fue a pedirle a don Ignacio los bolsos que le guardaba, se puso el jubón, se ajustó las correas de las alforjas en los hombros y ganó la calle.

Debajo del *jatobá* de la plaza se puso a charlar con doña Rita la del bazar, sin atreverse a volver a su casa. ¿Qué disculpa iba a darle a doña Vitória? Era difícil encontrar una explicación. Había perdido el paquete con la tela o bien pagó en la botica un medicamento para doña Rita la del bazar. Se embarullaba:

(*) El adjetivo *amarillo* es por su palidez, propia de quienes sufren de *ancilostomiasis* o *amarelão*, infección producida por un parásito intestinal.

(**) Juego de cartas.

tenía la imaginación débil y no sabía mentir. En las invenciones con que pretendía justificarse aparecía siempre la figura de doña Rita y esto lo disgustaba. Inventaría una historia sin ella; diría que le habían robado la plata de la tela. ¿No era así? Los fulleros lo habían pelado en el treinta y uno. Pero no debía mencionar el juego. Contaría simplemente que había olvidado el pañuelo con los billetes en el bolsillo del jubón y había desaparecido. Hablaría así: “Compré las provisiones. Dejé el jubón y las alforjas en el boliche de don Ignacio. Encontré a un policía amarillo”. No, no se había encontrado con nadie. Se confundía de nuevo. Sentía deseos de referirse al policía, un conocido viejo, amigo de la infancia. La mujer se enorgullecería con la noticia. O tal vez no le importase nada. Era perspicaz y se daría cuenta de su fatuidad. Pues todo estaba resuelto. El dinero había desaparecido del bolsillo del jubón, en el negocio de don Ignacio. Era natural.

Repetía que era natural cuando alguien le dio un empujón, arrojándolo contra el *jatobá*. La feria se terminaba; oscurecía; el farolero encendía las lámparas trepado a una escalera. El lucero brilló encima de la torre de la iglesia; el juez de derecho^(*) se exhibía en la puerta de la farmacia; el cobrador de la municipalidad pasó cojeando, con los talonarios de recibos bajo el brazo; el carro de la basura rodó por la plaza recogiendo cáscaras de frutas; el párroco salió de su casa y abrió el paraguas para protegerse del sereno; doña Rita la del bazar se retiró.

Fabiano se estremeció. Llegaría a la hacienda de noche cerrada. Entretenido con el diablo del juego y mareado de aguardiente, había dejado pasar el tiempo. Y no llevaba el queroseno; tendría que iluminarse durante toda la semana con pedazos de leña resinosa. Se aprontó para viajar. Otro empujón le hizo perder el equilibrio. Se volvió y vio junto a él al policía amarillo, que lo desafiaba con la cara crispada y una arruga

(*) *Juiz de direito*: Magistrado que juzga según el derecho. (Por oposición a *Juiz de fato* o jurado, que juzga según su conciencia, sin fundamentar su decisión). (Aurelio).

en la frente. Se dispuso a sacudir su sombrero de cuero en el hocico del agresor. Con un buen golpe de su sombrero de cuero ese alfeñique iría a dar en el barro. Miró a las cosas y las personas que lo rodeaban y moderó su indignación. En la *catanga* solía cantar como gallo, pero en la calle se apocaba.

—Usted no tiene derecho de provocar a los que no le hacen nada.

—¡Váyase! —bramó el policía.

E insultó a Fabiano por salir del boliche sin despedirse.

—Mentira —balbuceó el paisano—. ¿Acaso tengo la culpa de que usted perdiera su plata en el juego?

Y no dijo más nada. La autoridad permanecía allí, deseosa de iniciar pleito. No apareciendo pretexto alguno, se acercó y plantó el taco de la bota encima de la alpargata del vaquero.

—Esto no se hace, mozo —protestó Fabiano—. Yo estoy tranquilo. Vea que eso blando y caliente es pie de gente^(*).

El otro continuó pisando con fuerza. Fabiano se impacientó y lo insultó nombrándole la madre. Entonces el amarillo tocó el pito y al instante el destacamento de la ciudad cercaba el *jatobá*.

—Marchando —gritó el cabo.

Fabiano echó a andar desorientado, entró en la prisión; sin comprender, escuchó una tremenda acusación y no se defendió.

—Está bien —dijo el cabo—. Ponga el lomo, paisano.

Fabiano cayó de rodillas y repetidas veces una hoja de facón le golpeó en el pecho y otra en la espalda. En seguida abrieron una puerta y le dieron un empujón que lo arrojó a las tinieblas del calabozo. La llave tintineó en la cerradura y Fabiano se incorporó aturdido; tambaleándose, se sentó en un rincón, rezongando.

—¡Hum! ¡Hum!

¿Por qué habían hecho eso? Era lo que no podía saber. Persona de buena conducta, sí señor, nunca estuvo preso. De pronto un lío sin motivo alguno. Se encontraba tan perturbado

(*) Se trata de un dicho rimado que traducimos literalmente: “*Vea que mole e quente é pé de gente*”.

que no podía creer en esa desgracia. Le terminaban de caer todos encima, de repente, como unos condenados. Así un hombre no puede aguantar.

—Bueno, bueno.

Se pasó las manos por la espalda y por el pecho. Sentíase molido y los ojos azules le brillaban como los de un gato. Verdaderamente, lo habían detenido y le habían propinado una paliza. Pero se trataba de un caso tan extraño, que momentos después dudaba, moviendo la cabeza, a pesar de las machucaduras.

Pues bien, el policía amarillo... Sí, había un amarillo, infeliz criatura, al que él, Fabiano, podría deshacer de un bofetón. No lo había estropeado por los hombres que mandaban. Escupió con desprecio:

—Atorrante, infeliz, mugriento.

Por el gusto de semejante peste se maltrata a un padre de familia. Pensó en su mujer, en sus hijos y en la perrita. Gateando buscó las alforjas caídas en el suelo y comprobó que los objetos comprados en la feria estaban todos allí. Podía haberse perdido algo en la confusión. Recordó una tela vista en la última tienda que visitara. Bonita, gruesa, ancha, colorada y florida, exactamente lo que doña Vitória deseaba. Cuidando avaramente cada centavo, terminó el día en esa forma.

Volvió a preocuparse de las alforjas. Doña Vitória estaría inquieta con su demora. La casa a oscuras y los niños alrededor del fuego, mientras la perra Baleia vigilaba. Con seguridad tendrían cerrada la puerta del frente.

Estiró las piernas y recostó las doloridas carnes en el muro. Si le hubiesen dado tiempo, podría haber explicado todo perfectamente. Pero tomado de sorpresa, se embarulló. ¿Quién no quedaría confundido con tamaño despropósito? No podía convencerse de que le hubiesen hecho esa maldad. Debía de haber una confusión; probablemente el amarillo lo había confundido con otro. No podía ser otra cosa.

¿Entonces, porque un sinvergüenza provocador se calienta, es suficiente para echar a un *cabra* a la prisión y apalearlo?

Sabía perfectamente que era así, estaba acostumbrado a todas las violencias, a todas las injusticias. Y a sus conocidos que dormían en el cepo y aguantaban los rebencazos los consolaba: “Tenga paciencia. Recibir golpes del gobierno no es deshonra”.

Pero ahora le rechinaban los dientes, resoplaba. ¿Merecía ese castigo?

—¡Ahn!

Y por más que se esforzase, no se convencía de que el policía amarillo fuese el gobierno. El gobierno, una cosa distante y perfecta, no podía equivocarse. El policía amarillo estaba allí cerca, del otro lado de la reja, era flaco y ruin, jugaba a la baraja con los *matutos* en la esterilla y los provocaba después. El gobierno no debía consentir tamaña falta de vergüenza.

Al final de cuentas, ¿para qué servían los policías amarillos? Dio un puntapié en la pared y gritó enfurecido. ¿Para qué servían los policías amarillos? Los otros presos se intranquilizaron, el carcelero se acercó a la reja y Fabiano se calmó:

—Bueno, bueno. No ha pasado nada.

Había muchas cosas. Él no podía explicarlas, pero existían. Que fuesen a preguntarle a don Tomás el del molino, que leía libros y sabía dónde tenía las narices. Don Tomás el del molino habría contado bien esta historia. Él, Fabiano, era un bruto y no contaba nada. Solo deseaba volver al lado de doña Vitória y acostarse en la cama de varas. ¿Por qué venían a meterse con un hombre que solo quería descansar? Debían meterse con otros.

—¡Ahn!

Todo estaba mal.

—¡Ahn!

¿Acaso eran valientes? Se imaginó al policía amarillo arrojándose contra un *cangaceiro* en la *catínga*. Tendría gracia: se moriría de susto.

Se acordó de la vieja casa donde vivía, de la cocina, de la olla que borbotaba en el fogón de piedras. Doña Vitória ponía sal en la comida. Nuevamente abrió las alforjas: el paquete de sal no se había perdido. Bien. Doña Vitória probaba el caldo con el cucharón de coco. Y Fabiano luchaba en la vida

por ella, por los hijos y por la perra Baleia, que era como un miembro de la familia, inteligente como una persona. En aquel viaje interminable, cuando la sequía brava, cuando todos se morían de hambre, la perrita les trajo una liebre. La pobrecita envejecía. Con seguridad, doña Vitória, inquieta, ya había ido muchas veces a escuchar en la puerta del frente. El gallo batía las alas, las bestias se revolcaban en los corrales, los cencerros de las vacas tintineaban.

Si no fuese eso... ¡Ahn! ¿En qué estaba pensando? Trató de ver algo a través de las rejas de la calle. ¡Caramba, qué oscuridad! El farol de la esquina estaba apagado; probablemente el hombre de la escalera solo había puesto en él medio cuarterón de queroseno.

¡Pobre doña Vitória, tan miedosa en la oscuridad! Los niños sentados cerca de la lumbre, la olla silbando en el fogón de piedras, Baleia atenta, el candelero de paja colgado en la punta de una vara que salía de la pared.

Estaba tan cansado y lastimado que se iba adormeciendo en medio de aquella desgracia. Había allí un borracho que desvariaba en voz alta y unos hombres agachados alrededor de un fuego que llenaba la cárcel de humo. Discutían y se quejaban de la leña mojada.

Fabiano dormitaba; la cabeza pesada se inclinaba hacia el pecho y volvía a levantarse. Debió haber comprado el queroseno a don Ignacio. Su mujer y los hijos padecían el humo en los ojos.

Despertó sobresaltado. ¿No estaba divagando, mezclando las personas? Tal vez fuese efecto de la *cachaça*. Pero no; solo había bebido una copa, tanto así como cuatro dedos. Si le diesen tiempo podría contar todo lo sucedido.

Oyó el palabrerío desequilibrado del borracho y cayó en una dolorosa incertidumbre. Él, Fabiano, también decía palabras sin sentido, hablaba por hablar. Pero se enfureció con esa comparación y pegó varios puñetazos en la pared. Era un bruto, sí señor, nunca aprendió nada, no sabía explicarse. ¿Estaba preso por eso? ¿Era posible? ¿Entonces se mete a un hombre

en el calabozo por el hecho de no hablar bien? ¿Qué mal hacía su ignorancia? Vivía trabajando como un esclavo. Limpiaba el abrevadero, arreglaba los cercos, curaba los animales; había rehabilitado un casco de hacienda sin valor alguno. Todo en orden, como se podía ver. ¿Tenía la culpa de ser un bruto? ¿Quién tenía la culpa?

Si no fuese aquello... Ni sabía. El hilo de la idea creció; aumentó de volumen y se partió. Era difícil pensar. Vivía tan agarrado a las bestias... Nunca vio una escuela. Por eso no podía defenderse, poner las cosas en su lugar. Aquella historia del diablo le entraba y le salía de la cabeza. Era para enloquecer a un cristiano. Si fuese algo letrado, ya tendría medio de entenderla. Pero era imposible, solo sabía lidiar con bichos.

En fin, asimismo... Don Tomás podría informarles. Que fuesen a preguntarle a él. Hombre bueno, don Tomás el del molino, un hombre que sabía. Cada cual como Dios lo hizo. Él, Fabiano, era eso mismo: un bruto.

Lo que deseaba... ¡Ahn! Se olvidaba. Ahora se acordaba del viaje por el desierto, cayéndose de hambre. Las piernas de los chicos eran finas como bolillos, doña Vitória trastabillaba debajo del baúl con los trastos. A orillas del río se comieron por necesidad al papagayo que no sabía hablar.

Fabiano tampoco sabía hablar. A veces largaba palabras arreesadas, para bromear. Comprobaba perfectamente que todo era inútil. No podía acomodar las ideas que le bullían en el interior... Si pudiese. ¡Ah! Si pudiese, atacaría a los policías amarillos que golpean a las criaturas inofensivas.

Se golpeó la cabeza, se la apretó. ¿Qué hacían esos individuos acuclillados junto al fuego? ¿Qué decía ese borracho que se desgañitaba como un loco, gastando estúpidamente sus fuerzas? Sintió ganas de gritar, de proclamar en voz bien alta que ninguno de ellos servía para nada. Oyó una voz fina. En el calabozo de las mujeres alguien lloraba y renegaba de las pulgas. Con seguridad una muchacha de la vida. Tampoco esa servía para nada. Fabiano quería vociferar contra la ciudad entera, declarar al *juez de derecho*, al comisario, al párroco

y a los cobradores de la municipalidad que allí adentro nadie servía para nada. Él, los hombres acucillados, el borracho, la mujer de las pulgas, todos eran una lástima y solo servían para aguantar planchazos. Esto quería decir.

Y estaba también ese fuego caminador que iba y venía en su espíritu. Sí, estaba eso. ¿Cómo era? Necesitaba descansar. Sentía la cabeza dolorida, consecuencia probable de un golpe con el cabo del facón. Y le dolía toda la cabeza, como si tuviera fuego adentro, como si tuviese en los sesos una olla hirviendo.

Pobre doña Vitória, inquieta y tranquilizando a los niños. Baleia vigilaría, cerca del fogón. Si no fuese por ellos...

Fabiano conseguía ahora acomodar las ideas. Lo que lo amansaba era la familia. Vivía preso como un novillo amarrado a la estaca, soportando el hierro caliente. Si no fuese por eso, un policía amarillo no le pisaba el pie, no. Lo que le ablandaba el cuerpo era el recuerdo de la mujer y de los hijos. Sin esa pesada coyunda no agacharía el espinazo, no. Escaparía de allí como un tigre para hacer una carnicería. Cargaría la espingarda para pegarle un buen tiro al policía amarillo. Pero no. El policía amarillo era un infeliz que ni merecía un golpe con el revés de la mano. Mataría a quienes lo mandaban. Iba a entrar en una banda de *cangaceiros* para aniquilar a los hombres que dirigían al policía amarillo, sin dejar uno solo para muestra. Era la idea que le hervía en la cabeza. Pero estaba la mujer, estaban los niños, estaba la perrita.

Fabiano gritó, asustando al borracho, a los tipos que abanicaban el fuego, al carcelero y a la mujer que se quejaba de las pulgas. Sentía la coyunda abrumándole el pescuezo. ¿Tendría que continuar arrastrándola? Doña Vitória dormía mal en la cama de varas. Los chicos eran unos brutos, como el padre. Cuando creciesen cuidarían las reses de un patrón invisible y serían pisados, maltratados, golpeados por un policía amarillo.

Doña Vitória

Acuclillada junto a las piedras que servían de fogón, la pollera florida ajustada en los muslos, doña Vitória soplaba el fuego. Una nube de ceniza voló de los tizones y le cubrió la cara. La humareda le llenó los ojos y el rosario de cuentas blancas y azules se desprendió del escote y golpeó en la olla. Doña Vitória se limpió las lágrimas con el dorso de las manos, entornó los párpados, introdujo el rosario en el seno y continuó soplando con ganas, hinchando mucho los carrillos.

Las llamaradas lamieron las ramas de *angico*, languidecieron y volvieron a levantarse para resplandecer entre las piedras. Doña Vitória enderezó la espalda y agitó el abanico. Una lluvia de chispas sumergió en un baño luminoso a la perra Baleia que, acurrucada junto al fuego, dormitaba envuelta en las emanaciones de la comida.

Baleia despertó al sentir el cambio de aire y la crepitación de la charamusca y se retiró prudentemente, temerosa de chamuscarse el pelo; se quedó observando, deslumbrada, las estrellitas rojas que se apagaban antes de tocar el suelo. Aprobó con un movimiento de cola ese fenómeno y quiso expresar su admiración a la dueña. Se acercó a ella a saltos cortos, jadeando, irguiéndose sobre las patas traseras, imitando a la gente. Pero doña Vitória no quería saber de zalamerías.

—¡Fuera!

Le dio un puntapié y la perra se alejó humillada y con sentimientos rebeldes.

Doña Vitória había amanecido alunada. Sin que viniera al caso, había dicho al marido algunos despropósitos con respecto a la cama de varas. Fabiano, que no esperaba semejante desatino, apenas atinó a gruñir: “¡Hum! ¡Hum!”. Y se quedó

callado, porque realmente la mujer es un bicho difícil de entender. Se acostó en la hamaca y prefirió dormir. Doña Vitória anduvo de un lado al otro, buscando en qué desahogarse. Como encontrase todo en orden, terminó quejándose de la vida. Y ahora se vengaba en Baleia dándole un puntapié.

Se acercó a la ventana baja de la cocina y vio a los niños jugando en el tajamar, enlodados hasta las orejas, fabricando bueyes de barro que secaban al sol, bajo el árbol del patio, y no encontró motivo alguno para reprenderlos. Pensó de nuevo en la cama de varas y mentalmente insultó a Fabiano. Dormían en eso, estaban acostumbrados, pero sería más agradable dormir en una cama con parrilla de cuero, como lo hacían otras personas.

Hacía más de un año que le hablaba de eso al marido. Al principio Fabiano estuvo de acuerdo, rumió cálculos durante un tiempo, pero no llegó a nada. Tanto para el cuero y tanto para la armazón. Bien. Podrían adquirir el ambicionado mueble economizando en la ropa y en el queroseno. Doña Vitória respondió que eso era imposible porque ellos vestían mal, las criaturas andaban desnudas y todos se acostaban al anochecer. A decir verdad, no se encendía lumbre en la casa. Habían discutido, tratando de cortar otros gastos. Como no se entendiesen, doña Vitória había aludido, bastante amargada, al dinero que gastaba el marido en los días de feria, en juego y *cachaça*. Resentido, Fabiano criticó los zapatos charolados que usaba ella en las fiestas, tan caros como inútiles. Calzada con eso, trastabillaba, se balanceaba como un papagayo, veíase ridícula. Doña Vitória se ofendió seriamente con esa comparación, y si no fuese por el respeto que le inspiraba Fabiano, hubiese contestado con algún despropósito. Efectivamente, los zapatos le apretaban los dedos, provocándole callos. Se equilibraba mal, tropezaba y rengueaba, cuando se empinaba en los tacos de medio palmo. Debía de parecer ridícula, pero la opinión de Fabiano la entristeció mucho.

Deshechas esas nubes y superados los sinsabores, apareció nuevamente la cama en su limitado horizonte.

Ahora pensaba en ella de mal humor. La consideraba inalcanzable y era su obsesión mientras realizaba cualquier trabajo de la casa.

Fue a la pieza, pasó debajo de la hamaca donde roncaba Fabiano, sacó del *caritó*^(*) el cachimbo y una hoja de tabaco y salió a la varanda. El cencerro de la vaca naranja tintineó hacia el lado del río. Fabiano era capaz de haberse olvidado de curar a la vaca naranja. Quiso despertarlo para preguntarle eso, pero se distrajo mirando los *xiquexiques* y los *mandacarus* que resaltaban en la campiña.

Una brisa caliente se levantaba de la tierra calcinada. Se estremeció al acordarse de la sequía; el rostro moreno palideció y los ojos negros se llenaron de miedo. Trató de alejar el recuerdo, temiendo que se convirtiese en realidad. Rezó quedamente un avemaría, y ya tranquilizada pudo desviar la atención hacia un agujero que descubrió en el cerco del corral de las cabras. Deshizo la hoja de tabaco entre las palmas de las anchas manos, llenó el cachimbo de barro y fue a arreglar el cerco. Volvió, dio una vuelta por la casa atravesando el cercadito de la quinta y entró en la cocina.

—Fabiano es capaz de haberse olvidado de la vaca naranja.

Se agachó y atizó el fuego, tomó una brasa con la cuchara, encendió el cachimbo y se puso a chupar el canuto de caña lleno de sarro. Despidió lejos un escupitajo, que a través de la ventana fue a caer en el patio. Se preparó para escupir nuevamente. Por una extraña asociación, relacionó ese acto con el recuerdo de la cama. Si el escupitajo alcanzaba el fondo, comprarían la cama antes de fin de año. Llenó la boca de saliva, se inclinó, y no logró lo que esperaba. Hizo varias tentativas, inútilmente. El único resultado fue que sentía la garganta seca. Se incorporó desalentada. Tonterías, eso no servía de nada.

Fue al rincón donde el cántaro se mantenía sobre un trípode y bebió un trago de agua. Agua salobre.

(*) *caritó*: pequeño nicho excavado en las paredes de las casas del *sertão*, donde se guardan objetos menudos. (Aurelio).

—¡Ufa!

Esto le sugirió dos imágenes casi simultáneas, que terminaron por confundirse y neutralizarse: ollas y abrevaderos. Apoyó el índice en la frente, indecisa. ¿En qué estaba pensando? Miró el suelo, concentrada, tratando de acordarse de algo, y se vio los pies chatos, anchos, y los dedos separados. De pronto retornaron las dos ideas: el abrevadero se secaba y no le había agregado agua a la olla.

Cuando levantó la tapa recibió en la cara colorada un golpe de vapor. ¿Veía ahora cómo podía dejarse quemar la comida? Le puso agua y la removió con el cucharón negro, confeccionado con medio coco. En seguida probó el caldo. De tan soso, ni parecía alimento de cristiano. Fue al armario donde guardaba recipientes y pedazos de charqui, abrió la bolsa de sal y retiró un puñado que echó en la olla.

Ahora pensaba en el abrevadero, donde había un líquido oscuro que los bichos rechazaban. Solo sentía temor de la sequía.

Nuevamente se miró los pies achatados. Efectivamente, no se acostumbraba a usar zapatos, pero la crítica de Fabiano la había molestado. Pies de papagayo. Y era así, sin duda, porque la gente del campo anda así. ¿Para qué, entonces, avergonzarla? Y se sublevaba con la comparación.

¡Pobre papagayo! Había viajado con ella, en la jaula que se balanceaba encima del baúl de hojalata. Tartamudeaba: “Mi loro”. Era lo único que sabía decir. Además, llamaba al ganado como lo hacía Fabiano y ladraba como Baleia. Pobrecito. Doña Vitória no quería acordarse de aquello. Se había olvidado de la vida anterior y era como si hubiese nacido después de llegar a la estancia. La referencia a los zapatos le había abierto una herida, y entonces reaparecía el viaje. En ese tiempo sus alpagatas estaban gastadas de arrastrarse entre las piedras. Cansada, medio muerta de hambre, había cargado al hijo menor, el baúl y la jaula del papagayo. Fabiano era malo.

—Mal agradecido.

Nuevamente se miró los pies. Pobrecito el loro. A la orilla del río debió matarlo por necesidad, para alimentar a la familia. En ese momento el animal estaba enojado, clavaba en la perrita las pupilas serias y caminaba a los tumbos, como los campesinos en los días de fiesta. ¿Por qué Fabiano vino a despertarle este recuerdo?

Llegó a la puerta y miró las hojas amarillas de las *catigueiras*. Suspiró. Dios no iba a permitir otra desgracia. Agitó la cabeza y trató de encontrar una ocupación para entretenerse. Tomó la calabaza grande y se encaminó al tajamar, llenó de agua el recipiente donde bebían las gallinas, arregló los palos del gallinero. En seguida fue a la quintita a regar los claveles y las macetas. Y mandó a los chicos que entraran en la casa, porque tenían barro hasta en las pupilas. Los reprendió:

—¡Sinvergüenzas! ¡Puercos! Sucios como...

Se detuvo. Iba a decir que estaban sucios como papagayos.

Los pequeños huyeron y fueron a esconderse en la estera de la sala, junto al *caritó*, y doña Vitória volvió hacia el fogón y encendió otra vez el cachimbo. La olla silbaba; un viento cálido y polvoriento sacudía las telas de araña del techo, negras por el hollín; Baleia, bajo el armario, se rascaba con los dientes y cazaba moscas. Oíanse distintamente los ronquidos acompasados de Fabiano, y su ritmo influyó en las ideas de doña Vitória. Fabiano roncaba con mucho aplomo. Probablemente no había ningún peligro: la sequía debía de andar lejos.

Otra vez doña Vitória se puso a soñar con la cama de parrilla de cuero. Pero el sueño se asociaba con el recuerdo del papagayo y le fue preciso un gran esfuerzo para aislar el objeto de su deseo.

Todo allí era estable y seguro. El sueño de Fabiano, el fuego que crepitaba, el sonar de los cencerros, hasta el zumbido de las moscas le daban una sensación de firmeza y reposo. ¿Tendría que pasar la vida entera durmiendo sobre varas? Bien en el medio del catre existía un nudo, una gruesa protuberancia en la madera. Y ella se encogía en un rincón, el marido en el otro, y no podían estirarse en el centro. Al comienzo no la ha-

bía incomodado. Agotada, molida del trabajo, podía acostarse hasta sobre clavos. Pero llegó un comienzo de prosperidad. Comían y engordaban. Nada poseían: si se tuvieran que ir otra vez llevarían la ropa, la espingarda, el baúl de hojalata y enseres menores. Pero iban viviendo, gracias a Dios, y el patrón confiaba en ellos: eran casi felices. Solo faltaba una cama. Era lo que amargaba a doña Vitória. Como ya no se reventaba en trabajos pesados, pasaba parte de la noche pensando, porque la costumbre de caer vencida de sueño al anochecer no estaba bien, pues una no es como la gallina.

Al llegar a este punto las ideas de doña Vitória siguieron otro camino para poco después desembocar en el primero. ¿Acaso la zorra no se había despachado a la gallina bataraza? Nada menos que a la bataraza, la más gorda. Decidió armar una trampa cerca del gallinero. Se encolerizó. La zorra pagaría por la gallina bataraza.

—¡Ladrona!

Poco a poco el enojo se transfirió. Los ronquidos de Fabiano eran insoportables. No había otro hombre que pudiese roncar tanto. Era preferible levantarse y buscar una vara para cambiar ese maldito palo que no la dejaba darse vuelta en la cama. ¿Por qué no habían cambiado esa vara incómoda? Suspiró. Nunca llegaban a tomar una resolución. Paciencia. Era mejor olvidar el nudo y pensar en una cama como la de don Tomás el del molino. Don Tomás tenía una cama de verdad, hecha por el carpintero, una plataforma de *sucupira* alisada a cepillo, con las juntas abiertas a formón, todo embutido como debe ser, y un cuero crudo encima, bien estirado y bien pegado. Allí sí que un cristiano podía estirar los huesos.

¿Si vendiese las gallinas y la chancha? Desgraciadamente, la maldita zorra se había comido a la bataraza, la más gorda. Era necesario darle una lección a la zorra. Iba a armar una trampa junto al gallinero para quebrarle el espinazo a esa sinvergüenza.

Se incorporó y fue a la piecita a buscar alguna cosa, para volver desanimada y sin acordarse qué. ¿Dónde tenía la cabeza?

Se sentó en la ventana baja de la cocina. Estaba disgustada. Vendería las gallinas y la chancha y dejaría de comprar queroseno. Era inútil consultar a Fabiano, que siempre comenzaba entusiasmándose y armando proyectos. Pero no tardaba en enfriársele el entusiasmo, y ella fruncía el ceño, asombrándose de comprobar que su marido se satisfacía con la sola idea de poseer una cama. Pero doña Vítória deseaba una cama real, una cama de madera y cuero, igual a la de don Tomás el del molino.

El hijo menor

La idea le surgió la tarde en que Fabiano le colocó los arreos a la yegua alazana y se dispuso a amansarla. No era propiamente una idea, sino el deseo vago de realizar cualquier acción notable que asombrase a su hermano y a la perra Baleia.

En ese momento Fabiano le causaba una gran admiración. Metido entre la ropa de cuero, de polainas, jubón y guardamonte, era la criatura más importante del mundo. Las rodajas de las espuelas tintineaban en el suelo y el ala del sombrero, echado hacia atrás, afirmado en la mandíbula por el barbijo, hacía más grande su rostro tostado, le formaba un círculo enorme alrededor de la cabeza.

El animal estaba ensillado, los estribos sujetos a la grupa, y doña Vitória lo contenía tirándolo de los belfos. El vaquero apretó la cincha y lentamente dio unas vueltas alrededor del animal para controlar todos los detalles. Sin inquietarse se libró de una coz: dio vuelta el cuerpo y los cascotes de la yegua le pasaron tan cerca del pecho, que alcanzaron a rasparle el jubón. En seguida Fabiano subió a la varanda, saltó a la montura, la mujer retrocedió y en la *catanga* se armó el gran alboroto.

Trepado en la portera del corral, el hijo menor se retorció las manos sudorosas y clavaba los ojos para poder ver a través de la nube de tierra que se elevaba más alto que las *imburanas*. Permaneció así una eternidad, poseído de alegría y de miedo, hasta que la yegua volvió y comenzó a corcovear furiosamente en el patio como si tuviese el diablo en el cuerpo. De repente la cincha reventó y hubo una caída. El pequeño dio un grito y casi se viene abajo de la portera. Pero no tardó en tranquilizarse. Fabiano había caído en pie, y sin apresurarse se recomponía sobre sus piernas arqueadas, con los arreos en el brazo. Los

estribos, sueltos en la carrera desesperada, golpeaban uno con otro, y tintineaban las rodajas de las espuelas.

Doña Vitória pitaba tranquilamente su cachimbo sentada en la varanda, mientras le sacaba las liendres al hijo mayor. Como no se conformase de esa indiferencia después de la hazaña del padre, el chico fue a despertar a Baleia, que descansaba con la barriguita colorada descubierta, sin vergüenza alguna. La perra abrió un ojo, apoyó la cabeza en la piedra de afilar, bostezó y nuevamente cayó dormida.

El niño la juzgó estúpida y egoísta; la dejó, indignado, y fue a tirar de la manga del vestido de la mamá, porque deseaba comunicarse con ella. Doña Vitória le dirigió una exclamación de fastidio, y como el mocoso insistiese, le dio un coscorrón.

Se retiró enojado y, apoyado en una pilastra de la varanda, encontró que el mundo era mezquino e insensato. Se dirigió hacia el chiquero, donde las bestias hozaban y levantaban los hocicos fruncidos. Eso era tan divertido que olvidó el egoísmo de Baleia y el mal humor de doña Vitória. Lo que seguía creciendo era la admiración por Fabiano.

Olvidó los malentendidos y las groserías y un verdadero entusiasmo llenaba su alma pequeñita. A pesar de tenerle miedo al padre, fue acercándose lentamente a él, apoyó su cuerpo en las polainas y tocó las faldas del jubón. Las polainas, el jubón, el guardamonte, las espuelas y el barbijito del sombrero lo maravillaban.

Fabiano, sin prestarle la menor atención, lo apartó, entró en la sala y fue a despojarse de toda aquella grandeza.

El chico se acostó encima de la estera, se acurrucó y cerró los ojos. Fabiano era terrible. En el suelo, sin la ropa de cuero, se empequeñecía bastante, pero en el lomo de la yegua alazana era terrible.

Se durmió y soñó. Un golpe de viento cubría de polvo las copas de las *imburanas*, doña Vitória le sacaba los piojos al hijo mayor y Baleia descansaba con la cabeza en la piedra de afilar.

Al día siguiente esas imágenes se borraron completamente. Los *juazeiros* del fondo se veían más oscuros, destacándose de los otros árboles. ¿Por qué sería?

Se aproximó al corral de las cabras y vio al chivo viejo haciendo un barullo del diablo mientras arrugaba las narices, y entonces se acordó del acontecimiento de la víspera. Se encaminó hacia los *juazeiros*. Marchaba inclinado, rastreando las pisadas de la yegua alazana.

A la hora del almuerzo, doña Vitória lo reprendió:

—Este diablo anda como atontado.

Se incorporó y abandonó la cocina. Fue a contemplar las polainas, el guardamonte y el jubón colgados en una percha de la sala. De allí se dirigió al corral, y fue en ese momento que le nació la idea.

Se detuvo. Sentía deseos de entenderse con alguien, pero ignoraba lo que pretendía decir. La yegua alazana y el chivo se confundían, de la misma manera que se confundía él con su padre.

Dio vueltas alrededor del corral, lento y receloso, como si fuese un cuervo, remedando a Fabiano.

Por momentos sentía la necesidad de consultar a su hermano. Pero el otro seguramente iba a reírse y a burlarse de él y quizá le avisase a doña Vitória. Temió la risa y la burla. Y si lo descubriese, doña Vitória le tiraría de las orejas.

Evidentemente, él no era Fabiano. ¿Pero si lo fuese? Sentía la necesidad de demostrar que podía serlo. Conversando, tal vez consiguiese explicarse.

Se puso a caminar, cabizbajo, hasta que el hermano y Baleia llevaron las cabras al abrevadero. Se abrió la portera y el hedor a chivo se esparció por los alrededores mientras sonaban los cencerros. El pelaje de algodón atravesó el patio, rodeó las piedras donde se tiraban las víboras muertas, pasó por los *juazeiros*, bajó por la loma y alcanzó la orilla del río.

Ahora las cabras se atropellaban metiendo los hocicos en el agua y los cuernos se entrechocaban. Baleia, atareada, corría y ladraba.

Trepado en la barranca, con el corazón a los saltos, el hijo menor esperaba que el chivo llegase al abrevadero. Ciertamente eso era arriesgado, pero le parecía que allí arriba había crecido en estatura y que podía convertirse en Fabiano.

Se sentó indeciso. El chivo podía saltar y derribarlo.

Se incorporó y se alejó, casi liberado de la tentación, cuando vio una bandada de periquitos que volaban sobre las *catigueiras*. Deseó poseer uno de ellos, para amarrarlo con una envira y darle comida. Los pájaros desaparecieron chillando y el niño permaneció triste, observando el cielo lleno de nubes blancas. Algunas eran ovejitas, pero se deshacían para convertirse en animales distintos. Dos grandes se juntaron y una tenía la figura de la yegua alazana y la otra representaba a Fabiano.

Bajó los ojos encandilados, se los refregó y fue acercándose nuevamente a la barranca del río. Distinguió la confusa masa del rebaño, oyó los golpes de los cuernos. Si el chivo ya hubiese bebido sería una verdadera decepción. Se examinó las piernas finas, la camisa sucia y rota. Terminaba de vislumbrar seres vivientes en el cielo y se consideraba protegido, convencido de que lo amparaban fuerzas misteriosas. Hasta podría volar en el aire como un periquito.

Se puso a imitar los balidos de las cabras, para llamar la atención de su hermano y la perra. Se indignó al no obtener resultado alguno. Pero iba a hacer ante los dos una proeza y volverían asombrados a la casa.

En ese momento el chivo se acercó y metió el hocico en el agua. El niño se descolgó de la barranca y cayó montado en el espinazo del animal.

Se hundió en el pelaje fofo, resbaló, tratando en vano de afirmarse con los talones; fue despedido hacia adelante, se repuso y nuevamente se vio montado en la grupa del animal, que saltaba demasiado y probablemente se alejaba del abrevadero. Inclínose hacia un lado, pero, fuertemente sacudido, retomó la posición vertical, entró a danzar como desgonzado, con las piernas abiertas y los brazos inútiles. Impulsado otra

vez hacia adelante, dio un salto mortal, pasó por encima de la cabeza del chivo, aumentó el rasgón de una de las puntas de la camisa y cayó tendido en la arena. Allí quedó tirado, inmóvil, con un zumbido en los oídos, entendiendo vagamente que había salido sin honra de la aventura.

Vio las nubes que se deshacían en el cielo azul y las odió. Se interesó por el vuelo de los cuervos. Debajo de su ropa de cuero, Fabiano andaba pesado, lento y receloso como un cuervo.

Se sentó para palparse las coyunturas doloridas. Había sido zamarreado tan violentamente, que creía tener los huesos dislocados.

Miró con rabia a su hermano y a la perra. Debieron haberlo prevenido. No descubrió en ellos ninguna señal de solidaridad: su hermano se reía como un loco y Baleia, seria, desaprobaba todo aquello. Se sintió abandonado y humillado, expuesto a caídas, coces y porrazos.

Se incorporó, se arrastró desanimado hasta el cerco del abrevadero y se apoyó en él, el rostro vuelto hacia las aguas barrosas y el corazón lastimado. Metió los delgados dedos por el rasgón de la camisa y se rascó el pecho flaco. El tropel de las cabras se perdió en la loma, la perrita ladró lejos. ¿Cómo estarían las nubes? Probablemente algunas se transformaban en ovejitas y otras en animales desconocidos.

Se acordó de Fabiano y trató de olvidarlo. Con seguridad Fabiano y doña Vitória iban a castigarlo por el accidente. Levantó los ojos tímidos. Había aparecido la luna y se agrandaba, acompañada por una estrellita casi invisible. A esa hora los periquitos descansaban en los bajos del río, en el follaje seco del maíz. Si tuviese uno de esos pericos sería feliz.

Bajó la cabeza para volver a mirar la poza oscura agotada por el ganado. Unos menudos arroyos fluían en la arena como arterias abiertas de animales. Se acordó de las sangrantes cabras sacrificadas a mano de mortero, colgadas con la cabeza hacia abajo en una estaca del patio.

Volvió a la casa. La humillación se atenuó lentamente hasta desaparecer. Necesitaba entrar en la casa para comer y dormir. Y necesitaba crecer para ser tan grande como Fabiano, sacrificar cabras a golpes de mano de mortero y llevar un facón en la cintura. Iba a crecer para acostarse en una cama de varas, fumar cigarros de chala y calzar botas de cuero crudo.

Subió la loma y lentamente se dirigió hacia la casa, arqueando las piernas, como un verdadero vaquero. Cuando fuese hombre caminaría así, balanceándose pesadamente, dándose importancia y haciendo tintinear las rodajas de las espuelas. Saltaría en el lomo de un potro cimarrón y volaría en la *catanga*, envuelto en una nube de tierra, como un huracán. Al regresar a la casa se apearía de un salto y andaría por el patio, así, balanceándose, de polainas, jubón, guardacampo y sombrero de cuero con barbijo. Su hermano mayor y Baleia quedarían admirados.

El hijo mayor

Aquello sucedió porque doña Vitória no quiso conversar un momento con el hijo mayor. Él nunca había oído hablar del infierno. Extrañado del lenguaje de doña Terta, le pidió a su madre que le informara. Doña Vitória, distraída, aludió vagamente a cierto lugar demasiado malo, y como el hijo exigiese una descripción, se encogió de hombros.

El chico fue a la sala para interrogar al padre y lo encontró sentado en el suelo, con las piernas abiertas, desenrollando una pieza de suela.

—Pon el pie aquí.

La orden se cumplió y Fabiano tomó la medida de la alpargata: hizo un trazo con la punta del facón atrás del talón y otro delante del dedo gordo. Completó en seguida la forma del calzado y golpeó las palmas de las manos:

—¡Listo!

El pequeño se alejó un poco, pero permaneció allí cerca y tímidamente arriesgó la pregunta. No obtuvo respuesta y volvió a la cocina para agarrarse de la pollera de la madre:

—¿Cómo es?

Doña Vitória le habló de hogueras y asadores al rojo.

—¿Usted lo vio?

Entonces doña Vitória se enojó, encontrándolo insolente, y le aplicó un coscorrón.

El chico salió indignado con esa injusticia, atravesó el patio y fue a esconderse debajo de las *catingueiras* mustias, a orillas de la laguna reseca.

La perra Baleia lo acompañó en esa hora difícil. Reposaba junto al fogón, dormitando al calor, a la espera de un hueso. Probablemente no lo recibiría, pero creía en los huesos y era

dulce el sopor que la embargaba. De vez en cuando se movía y fijaba en la dueña las pupilas negras, donde brillaba la luz de la confianza. Admitía la existencia de un enorme hueso en la olla y nadie le quitaba esta certeza, ninguna inquietud perturbaba sus modestos deseos. A veces recibía puntapiés sin motivo alguno. Los puntapiés estaban previstos y no disipaban la imagen del hueso.

Ese día la voz estridente de doña Vitória y el coscorrón al hijo mayor arrancaron a Baleia de su modorra y la hicieron sospechar que las cosas no iban muy bien. Fue a esconderse en un rincón, detrás del mortero, encogida entre trastos y cestos. Un minuto después levantó el hocico y trató de orientarse. El viento tibiión que soplabá desde la laguna la decidió: se deslizó a lo largo de la pared y atravesando la ventana baja de la cocina y los fondos de la casa fue a reunirse con su amigo, que lloraba, muy infeliz, a la sombra de las *catigueiras*. Trató de consolarlo saltando alrededor de él y moviendo la cola. Era incapaz de sentir un gran dolor. Y como nunca se impacientaba, continuó dando saltos, jadeante, llamando la atención del amigo. Finalmente lo convenció de que su conducta era inútil.

El pequeño se sentó, acomodó entre las piernas la cabeza de la perra y se puso a contarle bajito una historia. Tenía un vocabulario casi tan reducido como el del papagayo que murió en la época de la sequía. Se valía, pues, de exclamaciones y gestos a los que Baleia respondía con el rabo, con la lengua, con movimientos fáciles de entender.

Todos lo abandonaban y la perrita era el único ser viviente que le demostraba simpatía. La acarició con los dedos flacos y sucios y el animal se encogió para sentir mejor el contacto agradable y tuvo la misma sensación que le provocaba la tibieza de la ceniza del fogón apagado.

El niño continuó acariciándola y aproximó el hocico a su cara enlodada, para mirar bien hasta el fondo aquellos ojos tranquilos.

Había estado metido en el tajamar con su hermano, confeccionando animales de barro, enlodándose hasta los ojos.

Dejó de jugar para ir a interrogar a doña Vitória. Un desastre. La culpable era doña Terta, quien el día anterior, después de curar con rezos la paletilla caída de Fabiano, había largado una extraña palabra, una especie de chillido, mientras sostenía el canuto del cachimbo entre sus encías desdentadas. Él hubiese querido que la palabra significase algo y se decepcionó cuando la madre se refirió a un lugar malo, con asadores y hogueras. Por eso rezongó entre dientes, a la espera de que la madre transformase el infierno en algo más comprensible.

Todos los lugares conocidos eran buenos: el corral de las cabras y el del ganado, el tajamar, el patio y el abrevadero: mundo donde existían seres reales, la familia del vaquero y los animales de la hacienda. Además, existía una sierra azulada y distante, un monte que visitaba la perra para cazar liebres y senderos casi imperceptibles en la *catanga*, matorrales e islas de monte, impenetrables bancos de *macambira*, y ahí fermentaba una población de piedras vivas y plantas que procedían como si fuesen gente. Esos mundos vivían en paz. A veces desaparecían las fronteras y los habitantes de ambos lados se entendían perfectamente y se auxiliaban. Sin duda existían en todas partes fuerzas maléficas, pero esas fuerzas eran siempre vencidas. Y cuando Fabiano amansaba un potro, era evidente que una fuerza protectora lo aseguraba a la silla y le indicaba los caminos menos peligrosos, librándolo de los espinos y los ramajes.

No siempre las relaciones entre las criaturas habían sido amables. Antiguamente los hombres huían desesperados, cansados y hambrientos. Doña Vitória, llevando al hijo menor aferrado en la cadera, sostenía el baúl de hojalata en la cabeza; Fabiano llevaba al hombro la espingarda de pedernal y Baleia mostraba las costillas a través del pelo ralo. Él, el niño mayor, se había caído en el suelo que le quemaba los pies. Había oscurecido de repente, los *xiquexiques* y los *mandacarus* habían desaparecido. Apenas sintió los golpes que Fabiano le propinó con la vaina del facón.

En ese tiempo el mundo era malo. Pero después todo se había arreglado, mejor dicho, las cosas malas nunca existieron. En el armario de la cocina se guardaban tiras de charqui y pedazos de tocino. La sed ya no los atormentaba, y al atardecer, una vez abierta la portera, el ganado menor corría hacia el abrevadero. Huesos y piedras se transformaban a veces en seres que recorrían las espesuras, el cerro, la sierra distante y los montes de *macambira*.

Como no sabía hablar bien, el niño balbuceaba expresiones complicadas, repetía las sílabas, imitaba los balidos de los animales, el silbido del viento y el rumor del ramaje que se sacudía en la *catinga*. Ahora quería aprender el significado de una palabra, sin duda importante porque figuraba nada menos que en la conversación de doña Terta. Iba a aprenderla para transmitirla a su hermano y a la perra. Baleia permanecería indiferente, pero el hermano iba a sorprenderse lleno de envidia.

—Infierno, infierno.

No creía que un nombre tan bonito pudiera servir para designar una cosa mala. Y resolvió discutirlo con doña Vitória. Si ella hubiese dicho que había estado en el infierno, estaría bien. Doña Vitória se imponía, su autoridad era visible y poderosa. Si hubiese hecho mención de cualquier autoridad invisible y más poderosa aun, muy bien. Pero ella pretendió convencerlo dándole un coscorrón y esto le parecía absurdo. Consideraba que los golpes eran naturales cuando las personas mayores se enojaban, y llegaba a pensar que esos enojos constituían las únicas causas de los coscorriones y tirones de orejas. Esta convicción lo hacía desconfiado y recelaba cada vez que debía dirigirse a sus padres. Se animó a interrogar a doña Vitória porque la vio bien dispuesta. Le explicó esto a la perrita con abundancia de gritos y gestos.

Baleia detestaba las expansiones violentas: estiró las patas, cerró los ojos y bostezó. Para ella los puntapiés eran hechos desagradables y necesarios. Solo tenía un medio de evitarlos y consistía en la fuga. Pero a veces se encontraba desprevenida y repentinamente una punta de alpargata la golpeaba en el

trasero. Entonces arrancaba ladrando e iba a esconderse en el *mato*, con ganas de morder canillas; pero no pudiendo satisfacer tal deseo, no tardaba en tranquilizarse. Evidentemente, la exaltación de su amigo no era razonable. Volvió a estirar las patas y bostezó de nuevo. Era un buen momento para dormir.

El niño le besó el hocico húmedo, estrechándola entre sus brazos. Su imaginación revoloteaba alrededor de la sierra azulada y de los montes de *macambira*. Fabiano decía que en la sierra había cuevas de pumas. Y en los montes de *macambira*, entre las murallas de espinos, surgían las cabezas chatas de las yararacas.

Se restregó las manitas, limpiándose las uñas sucias. Pensó en las figuritas abandonadas junto al tajamar, pero esto le trajo el recuerdo de la desdichada palabra. Hizo un esfuerzo para alejar de su espíritu esa funesta curiosidad e imaginó que no había formulado la pregunta y por lo tanto tampoco había recibido el coscorrón.

Se incorporó. Por la ventana de la cocina veía el rodete de doña Vitória y esto le provocaba malos pensamientos. Fue a sentarse debajo de otro árbol y observó la sierra cubierta de nubes. Al oscurecer, la sierra se confundía con el cielo y las estrellas andaban por encima de ella, ¿como era posible que hubiese estrellas en la tierra?

La perrita se aproximó a los saltos, lo olfateó, le lamió las manos y se quedó a su lado.

¿Cómo era posible que hubiese estrellas en la tierra?

Estaba triste. Tal vez doña Vitória dijese la verdad. El infierno debía estar lleno de yararacas y pumas y las personas obligadas a vivir allí recibían coscorriones, tirones de oreja y azotes.

A pesar de haber cambiado de lugar, no podía librarse de la presencia de doña Vitória. Repitió que no había sucedido nada y trató de pensar en las estrellas que se encendían en la sierra. Inútilmente. A esa hora las estrellas estaban apagadas.

Se sintió débil y desamparado, se miró los brazos flacos y los dedos finos. Se puso a hacer en el suelo dibujos misteriosos. ¿Para qué doña Vitória le había dicho aquello?

Abrazó a la perrita con tal violencia que la fastidió. No le gustaba ser apretada, prefería saltar y revolcarse en el suelo. Husmeando la olla, fruncía las narices y desaprobaba los extraños modos de su amigo. Un hueso grande subía y bajaba en el caldo. Esta imagen consoladora no la abandonaba.

El niño continuaba abrazándola. Y Baleia se encogía para no magullarlo y sufría esa excesiva caricia. El olor del chico era bueno, pero estaba mezclado con emanaciones que venían de la cocina. Allí había un hueso. Un hueso apetitoso, lleno de caracú y con algo de carne.

Invierno

La familia estaba reunida alrededor del fuego: Fabiano sentado en el mortero caído y doña Vitória, con las piernas cruzadas, dejaba que sus muslos sirviesen de almohada a sus hijos. La perra Baleia, con el trasero en el suelo y el resto del cuerpo erguido, observaba cómo las brasas iban cubriéndose de ceniza.

Hacía un frío terrible, las canaletas goteaban afuera, el viento sacudía las ramas de las *catingueiras* y el estruendo del río era como un tronar distante.

Fabiano se restregó las manos, satisfecho, y empujó los tizones con la punta de la alpargata. Las brasas crepitaron y cayó la ceniza; un círculo de luz se esparció alrededor del fogón de piedras, clareando vagamente los pies del vaquero, las rodillas de la mujer y los niños recostados. De vez en cuando los pequeños se movían porque la lumbre era débil y solo les calentaba algunas partes, mientras otras se enfriaban recibiendo el aire que se filtraba por las rajaduras de las paredes y las grietas de la ventana. Por eso no podían dormir. Cuando les iba dominando el sueño sentían escalofríos y necesitaban darse vuelta y acercarse al fogón, y entonces escuchaban la conversación de los padres. No se trataba propiamente de una conversación: eran frases sueltas, espaciadas, con repeticiones e incongruencias. A veces una interjección gutural prestaba energía al discurso ambiguo. En realidad, ninguno de ellos ponía atención a las palabras del otro: iban exhibiendo las imágenes que les venían al espíritu, y las imágenes se sucedían, se deformaban y no había forma de dominarlas. Como los recursos de expresión eran menguados, trataban de remediar esta deficiencia hablando alto.

Fabiano volvió a restregarse las manos e inició una historia bastante confusa, pero como solo estaban iluminadas sus alpargatas, la gesticulación pasaba inadvertida. El hijo mayor prestó atención. Si pudiese verle el rostro al padre, tal vez comprendería parte de la narración, pero así, en la oscuridad, la dificultad era grande. Se levantó y trajo de un rincón de la cocina una brazada de leña. Doña Vitória aprobó este acto con un gruñido, pero Fabiano condenó la interrupción, pareciéndole que el procedimiento del hijo revelaba falta de respeto, y estiró el brazo para castigarlo. El chico se escabulló y fue a acurrucarse en la falda de la madre, que se puso francamente de su lado.

—¡Hum! ¡Qué abusador!

Ese hombre era así: tenía el corazón duro.

—¡Camorrero!

Removió las brasas con el cabo del cucharón de coco y acomodó entre las piedras la húmeda leña de *angico*, tratando de hacerla arder. Fabiano la ayudó: suspendió el parloteo y poniéndose en cuatro pies comenzó a soplar las brasas, hinchando mucho las mejillas. Una humareda invadió la cocina, provocándoles tos y llenándoles los ojos de lágrimas. Doña Vitória manejó el abanico y un minuto después las llamaradas surgieron entre las piedras.

El círculo de luz aumentó y ahora las figuras surgían, rojizas, entre las sombras. Fabiano, visible del vientre hacia abajo, íbase tornando indistinto hacia arriba, era una negrura cortada por vagas claridades. De esa negrura salió nuevamente el masticado parloteo.

Fabiano estaba de buen humor. Días antes la creciente había cubierto las marcas puestas al final de la tierra de aluvión y alcanzaba las *catingueiras*, que en ese momento debían estar sumergidas. En realidad, solo se les veía las hojas, y la espuma subía, lamiendo las barrancas que se desmoronaban.

En poco tiempo más el dominio del agua terminaría, pero Fabiano no pensaba en el futuro. Por ahora la inundación aumentaba y mataba animales, inundando grutas y bajíos. Todo

resultaba excelente. Y Fabiano se restregaba las manos. No corría el peligro de una sequía inmediata, que durante meses había aterrorizado a la familia. La *catanga* había tomado un tono amarillento, después enrojeció, el ganado comenzó a enflaquecer y horribles visiones de pesadilla habían agitado el sueño de todos ellos. De pronto un trazo ligero había rasgado el cielo hacia las nacientes del río, otros surgieron más claros, el trueno comenzó a roncar cerca y en la oscuridad de la medianoche rodaron nubes color de sangre. El ventarrón arrancó *sucupiras* e *imburanas*, hubo demasiados relámpagos, y doña Vitória se escondió en la piecita con sus hijos, envolviéndose en las frazadas con las orejas tapadas. Pero esa brutalidad terminó de golpe y cayó la lluvia, hasta que apareció la vanguardia de la creciente, arrastrando troncos y animales muertos. El agua había subido mucho, alcanzaba ya la ladera, con ganas de llegar a los *juazeiros* del fondo de la casa. Doña Vitória estaba amedrentada. ¿Sería posible que el agua llegase a los *juazeiros*? Si sucediese esto la casa sería invadida y los moradores tendrían que subir al cerro, vivir unos días allá arriba, como liebres.

Suspiraba mientras atizaba el fuego con el cabo del cucharón de coco. Dios no permitiría que sucediese tamaña desgracia.

—¡Ahn!

La casa era fuerte.

—¡Ahn!

Las estacas de sostén estaban bien afirmadas en el suelo duro.

Si el río llegaba hasta allí, derrumbaría tan solo los terrones que constituían el relleno de las paredes de barro. Dios protegería a la familia.

—¡Ahn!

Las varas estaban bien amarradas con lianas a las estacas de sostén. El armazón de la casa resistiría a la furia de las aguas. Y cuando el río bajase, la familia regresaría. Sí, vivirían todos en el *mato*, como liebres. Pero volverían cuando bajasen las

aguas y sacarían del tajamar la tierra necesaria para cubrir el esqueleto de la casa.

—¡Ahn!

Doña Vitória movió el abanico con fuerza para no oír el estruendo del río que se aproximaba. ¿Tendría la intención de crecer más? El abanico zumbaba y el rumor de la creciente era un soplo, un soplo que se perdía hacia el lado de los *juazeiros*.

Fabiano contaba hazañas. Había comenzado en forma moderada, pero poco a poco fue excitándose y ahora veía los acontecimientos con exagerado optimismo y estaba convencido de que había realizado hechos verdaderamente notables. Necesitaba esta convicción. Tiempo atrás había sucedido aquel infortunio: el policía amarillo lo provocó en la feria, le dio una zurra de planchazos y lo metió en el calabozo. Fabiano anduvo varias semanas como alucinado, fantaseando venganzas, visiones que lo perseguían a través de la *catinga* calcinada. Si llegase la sequía, él abandonaría a su mujer y a los hijos y cosería a puñaladas al milico amarillo, después mataría al juez, al fiscal y al comisario. Anduvo unos días así, melancólico, pensando en la sequía y rumiando su humillación. Pero el trueno roncó, llegó la creciente y ahora las canaletas goteaban y el viento entraba por las rendijas de las paredes.

Fabiano estaba contento y se restregaba las manos. Como el frío era grande, las acercó al fuego. Relataba una pelea tremenda, y olvidándose de los golpes y la prisión, se sentía capaz de actos importantes.

El río subía la loma, estaba cerca de los *juazeiros*. No había indicios de que los hubiese alcanzado, y Fabiano, seguro, basado en las informaciones de los más viejos, narraba una pelea en la que resultó vencedor. La pelea era un sueño, pero Fabiano creía en ella.

Las vacas venían a abrigarse junto a la pared de la casa, pegada al corral, y la lluvia las fustigaba mientras sonaban los cencerros. Engordarían con el pasto nuevo y tendrían crías. El pasto crecería en el campo, los árboles se adornarían con nuevos ramajes, el ganado se multiplicaría. Todos engordarían:

Fabiano, la mujer, los dos hijos y la perra Baleia. Tal vez doña Vitória tuviese una cama con parrilla de cuero. Realmente, el armatoste de varas donde estiraban los huesos era incómodo.

Fabiano gesticulaba. Doña Vitória agitaba la pantalla para mantener las llamas en la leña mojada. Los niños, sintiendo frío en un lado y calor en el otro, no podían dormir y escuchaban la charla del padre. Comenzaron a discutir en voz baja un pasaje oscuro del relato. Como no llegasen a un acuerdo, discutieron enojados y se enfadaron. Fabiano se enojó por su impertinencia y quiso castigarlos. Después se tranquilizó y volvió a relatar el tramo incomprensible utilizando palabras diferentes.

El hijo menor aplaudió y miró las manos de Fabiano, que se agitaban encima de las llamas, oscuras y rojizas. Los dorsos permanecían en las sombras, pero las palmas estaban iluminadas y de color sangre. Era como si Fabiano hubiese desollado un animal. La barba roja y enmarañada permanecía invisible, los inmóviles ojos azulados estaban fijos en los tizones y el habla dura y ronca se entrecortaba de silencios. Sentado en el mortero, Fabiano se encorbaba, feo y burdo, con aquel gesto de bestia lerda que no se aguanta en dos pies.

El hijo mayor estaba descontento. No pudiendo percibir las facciones del padre, cerraba los ojos para poder entenderlo mejor. Pero surgió una duda. Fabiano había modificado la historia y esto reducía la verosimilitud. Un desencanto. Se estiró y bostezó. Habría sido mejor la repetición de las mismas palabras. Discutiría con su hermano tratando de interpretarlas. Hasta podría pelear por causa de esas palabras y en esta forma su convicción sería más firme. Fabiano debió de haberlas repetido. Pero no: surgió una variante, convirtiendo al héroe en un ser humano y contradictorio. El hijo mayor se acordó de un viejo juguete, regalo de don Tomás el del molino. Cerró los ojos y los volvió a abrir, soñoliento. El aire que entraba por las rajaduras de las paredes le enfriaba una pierna, un brazo, todo el lado derecho. Se dio vuelta y dejó de ver la imagen fragmentada de Fabiano. El juguete se quebró y el niño anduvo un tiempo desconsolado ante los pedazos rotos. Se acordó de

los corrales hechos de menudos guijarros, debajo de las *catingueiras*. Ahora la laguna estaba llena de agua, inundando los corrales que había construido. El tajamar también estaba lleno, alcanzaba la pared de la cocina, y se juntaba con las aguas de la laguna. Para ir a la quinta, donde había claveles y macetas con plantas, doña Vitória salía por la puerta de adelante, descendía la varanda y atravesaba la portera de la *baraúna*. En los fondos de la casa, la estaca, las cercas y las *catingueiras* estaban dentro del agua. Goteaban las canaletas, las vacas hacían tintinear sus cencerros, los sapos cantaban. El sonar de los cencerros era familiar, pero la cantinela de los sapos y el rumor de las canaletas resultaban completamente extraños. Todo estaba cambiado. Llovía el día entero, la noche entera. Las espesuras donde vivían seres misteriosos habían sido violadas. Allí había sapos. Su cantinela aumentaba y disminuía y esa tonada plañidera llenaba los alrededores. Trató de contar las voces y se enredó en la cuenta. Eran muchas: seguramente existía un infinito número de sapos escondidos en la espesura del monte. ¿Qué estarían haciendo? ¿Por qué gritaban esa cantinela tan gorgoreada y triste? Nunca había visto un sapo y los confundía con los invisibles habitantes de la tierra y de los montes de *macambira*. Se encogió y se acomodó para dormir, un lado calentándose al fuego y el otro protegido por las nalgas de doña Vitória.

El abanico se agitaba, la madera húmeda chillaba. La figura de Fabiano se iluminaba y se volvía a oscurecer.

Baleia, inmóvil y paciente, miraba las brasas y esperaba que la familia se recogiese. Se fastidiaba con el alboroto que hacía Fabiano. En el campo, se desgañitaba cada vez que perseguía una res. Era natural. Pero allí, a la orilla del fuego, ¿para qué tanto grito? Fabiano se estaba cansando sin motivo alguno. A Baleia esto la fastidiaba y cerraba los ojos sin poder dormir. Doña Vitória tendría que retirar las brasas y la ceniza, barrer el suelo y acostarse en la cama de varas con Fabiano. Los niños se acomodarían en la estera de la sala, debajo del *caritó*. Sería bueno que la dejaran en paz. Todo el día le tocaba

vigilar los movimientos de las personas, tratando de adivinar cosas incomprensibles. Ahora necesitaba dormir, librarse de las pulgas y de esa vigilancia a que la tenían acostumbrada. Una vez barrido el suelo con la escoba, buscaría enroscarse sobre las piedras, para adormecerse al calor, sintiendo el olor de las cabras mojadas y escuchando murmullos desconocidos, el tictoc de las canaletas, la cantinela de los sapos, el rumor del río y la creciente. Y animalitos sin dueño vendrían a visitarla.

Fiesta

Fabiano, doña Vitória y los chicos iban a la ciudad a pasar la fiesta de Navidad. Eran las tres de la tarde y hacía un gran calor. Encima de los árboles amarillentos los remolinos levantaban nubes de polvo y hojas secas.

Habían cerrado la casa, cruzado el patio, bajado por la loma, y ahora pisaban el camino pedregoso como bueyes enfermos de los cascos. Fabiano, aprisionado en la ropa de brin blanco que le confeccionara doña Terta, con sombrero de fieltro, cuello y corbata, botines de vaqueta y elástico, trataba de erguir el espinazo, lo que ordinariamente no hacía. Doña Vitória, enfundada en el vestido colorado con estampado florido, apenas lograba mantener el equilibrio sobre los zapatos de tacos enormes. Porfiaba en calzarse como las muchachas puebleras, y andaba dando tropezones por el camino. Los chicos estrenaban pantalones y sacos. En casa siempre usaban unas camisetas a rayas o andaban desnudos. Pero Fabiano había comprado diez varas de paño blanco en la tienda, encargándole a doña Terta confeccionar la ropa para él y los chicos. Doña Terta encontró que la tela era escasa, pero Fabiano se hizo el desentendido, seguro de que la vieja pretendía robarle los retazos. En consecuencia, la ropa había salido corta, estrecha y llena de remiendos.

Fabiano no hacía caso de estas desventajas. Caminaba rígido, con la barriga echada hacia adelante y la espalda derecha, mientras miraba la sierra distante. Comúnmente miraba el suelo para evitar las piedras, las madrigueras, los pozos y las víboras. La nueva posición, tan forzada, lo fatigó. Y al pisar la arena del río comprobó que en esa forma no podría aguantar las tres leguas que lo separaban de la ciudad. Se descalzó,

puso las medias en el bolsillo, se quitó el saco, la corbata y el cuello y entonces gimió aliviado. Doña Vitória decidió imitarlo: se sacó los zapatos y las medias, y los envolvió en el pañuelo. Los chicos pusieron las zapatillas debajo del brazo y se sintieron a gusto.

La perra Baleia, que venía atrás, se incorporó al grupo. Si hubiese aparecido antes, probablemente Fabiano la hubiese echado a patadas. Y Baleia habría pasado la fiesta junto a las cabras que ensuciaban la varanda. Pero con la corbata y el cuello arrugados en el bolsillo, el saco al hombro y los botines colgados en un palo, el vaquero comprendió a la perrita y la aceptó.

Retomó su posición natural: el paso balanceado, la cabeza inclinada. Doña Vitória, los dos niños y Baleia lo acompañaron. Así aprovecharon bien la tarde, y al anochecer llegaban a la orilla del riachuelo, en la entrada de la calle principal de la ciudad.

Entonces Fabiano se detuvo, se sentó y se dedicó a lavarse los pies duros, tratando de sacar el barro de la piel agrietada. Con los pies mojados, intentó calzarse y le fue muy difícil: las medias de algodón formaban abultamientos en el empeine y los botines de vaqueta resistían como vírgenes. Doña Vitória se levantó la pollera, y sentándose en el suelo también se limpió. Los dos niños entraron en el riacho, se refrescaron los pies, salieron del agua para ponerse las zapatillas y permanecieron observando los movimientos de sus padres. Doña Vitória ya estaba pronta y se incorporaba del suelo, pero Fabiano resoplaba empacado. Había dominado la obstinación de uno de esos malditos botines, pero el otro porfiaba por no entrar, y él, con los dedos en las orejas del botín, hacía esfuerzos inútiles. Doña Vitória formulaba comentarios que irritaban al marido. No había medio de introducir el maldito talón dentro del calzado. Y en un tirón más fuerte, la oreja de atrás reventó y el vaquero entonces se puso a tironear enérgicamente de la caña del botín. Como no consiguió calzárselo, se incorporó, resuelto a entrar en la calle así como estaba, cojeando, con una

pierna más larga que la otra. Con rabia excesiva, a la que se mezclaba alguna esperanza, dio una violenta patada en el suelo. La carne se estrechó y los huesos crujieron cuando la media mojada reventó y el maltratado pie se encajó entre las paredes de vaqueta. Fabiano lanzó un gran suspiro de satisfacción y dolor. En seguida trató de prenderse el cuello duro al pescuezo, pero los dedos trémulos no realizaron la tarea. Doña Vitória lo ayudó: el botón prendió y la corbata fue atada. Las traspiradas manos sucias dejaron manchas oscuras en el cuello.

—Está bien —gruñó Fabiano.

Atravesaron el tronco que oficiaba de puente en el arroyo y alcanzaron la calle. Doña Vitória caminaba a los tumbos, por causa de los tacos altos, y llevaba el paraguas con el mango hacia abajo y la punta hacia arriba, envuelta en el pañuelo. Imposible decir por qué llevaba el paraguas en esa forma. Ella misma no sabría explicarlo, pero siempre había visto a las otras campesinas que lo hacían así y adoptaba la costumbre.

Fabiano andaba tieso.

Los dos chicos observaban los faroles y adivinaban casos extraordinarios. Sentían más miedo que curiosidad y por eso pisaban suavemente, como si temiesen llamar la atención de la gente. Suponían la existencia de mundos muy distintos a la estancia: mundos maravillosos en la sierra azulada. Sin embargo, eso que veían era extrañísimo. ¿Cómo podían existir tantas casas y tanta gente? Con seguridad iba a saltar alguna bronca. Podía suceder que esa gente fuese brava y no consintiese que ellos anduviesen entre los puestos. Estaban acostumbrados a aguantar coscorrones y tirones de orejas. Tal vez esas desconocidas criaturas no se comportasen como doña Vitória, pero los pequeños se retraían y se apoyaban en las paredes, medio encandilados, con los oídos llenos de extraños rumores.

Llegaron a la iglesia, entraron. Baleia permaneció afuera, paseándose en la calzada, observando la calle con inquietud. En su opinión, todo debía de estar oscuro, porque era noche, y era preciso que esa gente que andaba por ahí se acostase a dormir. Levantó el hocico y sintió un olor que le dio ganas de

toser. Allí gritaban demasiado y había demasiadas luces, pero lo que la incomodaba era ese olor a humo.

También los niños se asombraban. En un mundo súbitamente agrandado, veían a Fabiano y a doña Vitória muy empequeñecidos, más chicos que las figuras de los altares. No conocían los altares, pero presumían que esos objetos debían ser preciosos. Las luces y los cantos los extasiaban. En la estancia se conocían las únicas luces del fuego entre las piedras de la cocina y el candil de queroseno suspendido en un madero que salía de la pared de adobe, y de cantos, el *bendito* de doña Vitória y los gritos de Fabiano para animar a los bueyes, una cantilena triste, monótona y sin palabras que tranquilizaba al ganado.

Fabiano permanecía silencioso, mirando las imágenes y las velas encendidas, oprimido entre las ropas nuevas, el pescuezo estirado y pisando como sobre brasas. La multitud lo apretaba y lo molestaba más que la ropa. Cuando vestía su ropa de cuero crudo, sus polainas, jubón y guardacampo, andaba metido en una coraza, como un tatú, pero saltaba en el lomo de una bestia y volaba en la *catanga*. En cambio, ahora no podía darse vuelta: manos y brazos se le pegaban contra el cuerpo. Se acordó de la paliza y de la noche pasada en el calabozo. La sensación que ahora experimentaba no era muy distinta a la de cuando estuvo preso. Era como si las manos y los brazos de esa multitud fuesen a agarrarlo para apretarlo y aplastarlo contra la pared. Miró las caras que lo rodeaban. Evidentemente, las criaturas que andaban por allí no parecían verlo, pero Fabiano se sentía rodeado de enemigos y temía enredarse en discusiones y terminar mal la noche. Resoplaba e inútilmente trataba de abanicarse con el sombrero; le era difícil moverse, se sentía amarrado. Lentamente consiguió abrirse camino entre el gentío para llegar a la pila de agua bendita, donde se detuvo, temeroso de perder de vista a su mujer y a los hijos. Se levantó en la punta de los pies, pero esto le arrancó un gruñido: los maltratados talones comenzaban a martirizarlo. Distinguió el rodete de doña Vitória, casi escondida detrás de una columna.

Probablemente los niños estaban con ella. A cada momento la iglesia se llenaba más. Para avistar la cabeza de su mujer, Fabiano necesitaba estirarse y torcer la cara. Y el cuello duro le cortaba el pescuezo. Pero los botines y el cuello duro eran indispensables. No era posible asistir a la novena calzado en alpargatas, la camisa de algodón abierta, mostrando el pecho peludo. Hubiese sido una falta de respeto. Como se trataba de un hombre de religión, entraba en la iglesia una vez al año. Y desde que tenía uso de razón recordaba haber llegado en traje de fiesta: pantalones y saco bien almidonados, botines de elástico, sombrero de fieltro, cuello y corbata. No iba a arriesgarse a faltarle a la tradición aunque tuviese que sufrir por ella. Suponía cumplir un deber y trataba de mantenerse derecho. Pero esa disposición se debilitaba. Su espinazo se curvaba naturalmente y los brazos se mecían como desgonzados.

Cuando se comparaba con los tipos de la ciudad, Fabiano se reconocía inferior. Por ello sospechaba que los otros se mofaban de él. Ponía cara de pocos amigos y evitaba toda clase de conversaciones. Solo le hablaban para sacarle algo. Los comerciantes robaban en la medida, en el precio y en las cuentas. El patrón, con pluma y tinta, realizaba cálculos incomprensibles. La última vez que se habían visto hubo una confusión de números, y Fabiano, con la cabeza caliente, abandonó indignado el escritorio del blanco, seguro de haber sido engañado. Todos buscaban perjudicarlo. Los empleados, los comerciantes y el propietario le robaban lo que podían, y los que no tenían negocios con él se reían de verlo tropezando por las calles. Por eso Fabiano evitaba codearse con aquellos vivientes. Sabía que el traje nuevo cortado y cosido por doña Terta, el cuello, la corbata, los botines y el sombrero de fieltro lo convertían en un ser ridículo, pero ni quería pensar en esto.

—Holgazanes, ladrones, charlatanes, infelices.

Estaba convencido de que todos los habitantes de la ciudad eran malos. Se mordió los labios. No podía decir semejante cosa. Por una falta menor tuvo que aguantar los planchazos y dormir después en el calabozo. ¡Ah, el policía amarillo!...

Sacudió la cabeza para librarse del recuerdo desagradable y buscó una cara amiga en la multitud. Si encontrase a un conocido lo llamaría y se lo llevaría para abrazarlo sonriente en medio de la calle y celebrarlo. Después hablaría sobre ganado. Tuvo un estremecimiento y trató de divisar el rodete de doña Vitória. Debía tener cuidado de no distanciarse de su mujer y los chicos. Se dirigió hacia ellos y los alcanzó en el momento en que la iglesia empezaba a vaciarse.

A los empujones bajaron la escalinata. Al sentirse empujado, golpeado, Fabiano volvió a pensar en el policía amarillo. Al pasar por el *jatobá* de la plaza recordó. Sin motivo alguno aquel desgraciado había ido a provocarlo pisándole el pie. Con buenos modos, había intentado evitar el altercado. Pero como el otro insistiese, perdió la paciencia y le contestó de hombre a hombre. Consecuencia: planchazos en el lomo y una noche en el calabozo.

Convidó a la mujer y a los chicos a subir a la calesita, los acomodó sobre los caballitos y se distrajo un poco viéndolos dar vueltas. En seguida los llevó a las carpas de juego. Se rascó la cabeza, y retirando el pañuelo del bolsillo, lo desató para contar el dinero, con la tentación de arriesgarlo a los dados. Si tuviese suerte podría cumplir con el sueño de doña Vitória y comprar la cama de cuero crudo. Fue a beber *cachaça* en un quincho cercano y volvió para ponerse a rondar indeciso, pidiendo con los ojos la opinión de su mujer. Doña Vitória hizo un gesto de reprobación, y Fabiano se retiró, recordando la sesión de juego en casa de don Ignacio, con el policía amarillo. Tenía la seguridad de que entonces había sido robado. Volvió a acercarse al quincho y bebió más *cachaça*. Poco a poco fue olvidando su timidez.

—Fiesta es fiesta.

Bebió una vez más y adoptó una posición tiesa, mirando a la gente con ojos desafiantes. Estaba resuelto a cometer cualquier barbaridad. Si se encontrase con el policía amarillo iba a enseñarle lo que era bueno. Se puso a andar entre los puestos con gesto provocador, pateando el suelo, insensible a

los machucones de sus pies. Lo que deseaba era desgraciarse, darle una lección a ese infeliz. Y parecían no importarle la mujer y los hijos, que lo seguían.

—¿Dónde hay un hombre! —bramó.

En el estruendo que llenaba la plaza nadie notó la provocación. Y Fabiano fue a ocultarse detrás de los puestos, por donde estaban los vendedores de dulces. Estaba dispuesto a desahogarse, pero le quedaba aún un resto de prudencia. Allí podía irritarse y dirigir amenazas e insultos a enemigos invisibles. Impulsado por fuerzas opuestas, se exponía al mismo tiempo que se cuidaba. Sabía que aquella explosión era peligrosa y temía que el policía amarillo surgiese de repente y le plantase la bota en el pie. El policía amarillo, faltándole moneda, ganaba para los vicios con los fulleros. Era bueno evitarlo. Pero su recuerdo se convertía a veces en algo horrible. Y Fabiano soltaba una sarta de insultos. Estimulado por la *cachaça*, se envalentonaba:

—¿Dónde está ese corajudo? ¿Quién se atreve a decir que soy feo? ¿Dónde hay un hombre!

Y lanzaba el desafío en un parloteo incomprensible, con el vago temor de ser oído. Nadie apareció. Y Fabiano roncó bien alto, gritó que todos eran unos flojos y capados, sí señor. Después de muchos bramidos, supuso que por allí había hombres escondidos, temerosos de él. Los insultó:

—Manga de...

Se detuvo con gesto agónico, sudando frío, con la boca llena de agua, sin atinar con la palabra adecuada. ¿Manga de qué? Tenía el nombre en la punta de la lengua. Y la lengua se hinchaba, la maldita, y Fabiano escupía, clavando en su mujer y en los hijos sus ojos vidriosos. Retrocedió algunos pasos y se puso a vomitar. En seguida, trastabillando, se acercó nuevamente a las luces y fue a sentarse en el umbral de una tienda. Estaba desanimado, el cuerpo lacio y sin ánimo. ¿Manga de qué? Repetía la pregunta sin saber lo que buscaba. Miró de cerca la cara de su mujer, sin conseguir distinguirle los rasgos. ¿Doña Vitória alcanzaría a percibir su estado de

torpeza y confusión? Había allí otros campesinos charlando y Fabiano los odió. Si no estuviese tan descompuesto, eructando y sudando, pelearía con ellos. El interrogante que martirizaba su espíritu confundido se mezcló con la idea de que esas personas no tenían el derecho de sentarse en la calle. Quería que lo dejaran con su mujer, los chicos y la perrita. ¿Manga de qué? Palmoteó al soltar un grito áspero:

—¡Manga de perros!

Se alegró al encontrar la expresión porfiada. Manga de perros. Evidentemente, los campesinos como él no pasaban de perros. Buscó con las manos a su mujer y a sus hijos y comprobó que estaban allí, a su lado. Una violenta contracción en el cuello le torció el rostro y otra vez se le llenó la boca de saliva. Se puso a escupir. Ya más tranquilo, respiró con fuerza, pasó los dedos por un hilo de saliva que le pendía de la boca. En verdad, estaba mareado, con un zumbido atroz en los oídos. Juraría que terminaba de mostrar su valentía, y que había corrido peligro. Al mismo tiempo le parecía que había cometido una falta. Ahora se sentía pesado y con sueño. Mientras anduvo lanzando bravuconadas, con la cabeza llena de aguardiente, pudo despreciar las incomodidades de los pies. Pero ya en frío, los botines de vaqueta lo martirizaban. Los arrancó de los pies, se quitó las medias, después el cuello, la corbata y el saco, y envolviendo todo hizo una almohada y se acostó en el empedrado, empujando hacia los ojos el sombrero de fieltro. Y fue adormeciéndose, con el estómago alborotado.

Doña Vitória se encontraba en una seria dificultad: se desesperaba de ganas de satisfacer una necesidad y no sabía cómo hacerlo. Podía esconderse en el fondo de la plaza, detrás de los puestos, donde estaban las vendedoras de dulces con sus fuentes. Se incorporó medio decidida, pero volvió a acuclillarse. ¿Iba a abandonar a los niños y a su marido, en ese estado? Se aguantó y observó todos los rincones con verdadera desesperación, porque la necesidad era grande. Escabulléndose con disimulo, llegó a la esquina de la tienda, donde había un grupo de mujeres agachadas. Y mirando los

frentes de las casas y los faroles de papel, mojó el suelo y los pies de las otras campesinas. Se deslizó hacia donde estaba la familia, sacó del bolsillo el cachimbo de barro, lo llenó de tabaco, lo encendió y lanzó amplias bocanadas de humo, llena de satisfacción. Ya libre de la necesidad, observó con interés el hormiguero que circulaba por la plaza, la mesa del remate y las luminosas estelas de los cohetes. Realmente, la vida no era mala. Con un estremecimiento pensó en la sequía, en el tremendo viaje que hiciera por caminos ardientes llenos de osamentas y árboles resecos. Trató de alejar el mal recuerdo y puso la atención en aquellas bellezas. El continuo rumor de la multitud era encantador y el gangoso organillo de la calesita no descansaba. Para que la vida fuese definitivamente buena, solo le faltaba a doña Vitória una cama igual a la de don Tomás el del molino. Suspiró al pensar en la cama de varas donde dormía. Y permaneció allí, en cuclillas, pitando en el cachimbo, con los ojos y los oídos muy abiertos para no perder la fiesta.

Los niños cuchicheaban, cambiando impresiones, afligidos por la desaparición de la perra. Tiraron de la manga a la madre. ¿Qué le había pasado a Baleia? Doña Vitória levantó el brazo con un gesto flojo y con el canuto de la pipa indicó vagamente dos puntos cardinales. Los pequeños insistieron. ¿Dónde estaría la perrita? Indiferentes a la iglesia, a los faroles de papel, a los bazares, a las mesas de juego y a los cohetes, solo se interesaban por observar las piernas de los transeúntes. La pobrecita debía de andar aguantando puntapiés, perdida por ahí.

De pronto apareció Baleia. Saltó a la vereda, se zambulló a través de las polleras de las mujeres, pasó por encima de Fabiano y llegó a donde estaban sus amigos, manifestando con la lengua y el rabo la más absoluta alegría. El hijo mayor la agarró. Ya estaba segura. Trataron de explicarle que terminaban de pasar un susto enorme por su causa pero Baleia no le dio mayor importancia a la explicación. Ella consideraba que perdían el tiempo en un extraño lugar lleno de olores desconocidos. Quiso ladrar para expresar su oposición a todo aquello,

pero entendió que no convencería a nadie y prefirió enrollarse con la cola caída, resignada a los caprichos de sus dueños.

La opinión de los chicos se parecía a la de la perra. Ahora observaban los negocios, los quinchos, la mesa del remate. Y sorprendidos no dejaban de comentar. Terminaban de comprobar que había muchas personas en el mundo. Se ocupaban en descubrir una enorme cantidad de objetos. En voz baja cambiaban impresiones sobre tanta cosa sorprendente. Imposible imaginarse tantas maravillas juntas. El hijo menor tuvo una duda y tímidamente la formuló a su hermano. ¿Era posible que todo eso fuese hecho por la gente? El hijo mayor dudó, observó los negocios, los quinchos iluminados, las muchachas bien vestidas. Se encogió de hombros. Tal vez todo eso fuese hecho por la gente. Una nueva dificultad le embargó el espíritu y se la contó al hermano, al oído. Probablemente esas cosas tenían nombres. El hijo menor lo interrogó con los ojos. Sí, con seguridad cada una de las preciosidades que se exhibían en los altares de la iglesia y en los estantes de los negocios tenía nombre. Se pusieron a discutir el difícil problema. ¿Cómo podían los hombres guardar tantas palabras? Era imposible, nadie conservaría tan gran suma de conocimientos. Libres de nombres, las cosas quedaban distantes, misteriosas. No habían sido hechas por la gente. Y los individuos que se metían entre esas cosas cometían una imprudencia. Vistas de lejos, eran bonitas. Con admiración y miedo, hablaban bien bajito para no desencadenar las fuerzas extrañas que tal vez encerrasen.

Baleia dormitaba y de vez en cuando balanceaba la cabeza y fruncía el hocico. La ciudad estaba llena de sudores que la desconcertaban.

A través de los puestos de la feria doña Vitória entreveía la cama de don Tomás el del molino, una cama de verdad.

Fabiano roncaba panza arriba, con el ala del sombrero cubriéndole los ojos, la cabeza sobre los botines de vaqueta. Soñaba angustiado, y Baleia le percibía un olor que lo tornaba irreconocible. Fabiano se agitaba y resoplaba. Habían apareci-

do muchos milicos amarillos, pisándole los pies con enormes botas y amenazándolo con terribles facones.

Baleia

La perra Baleia estaba en las últimas. Había enflaquecido y en varias partes del cuerpo se veía el pellejo pelado. Las costillas resaltaban en un fondo rosado, donde manchas oscuras supuraban y sangraban, cubiertas de moscas. Las llagas de la boca y la hinchazón de los belfos le dificultaban comer y beber.

Por eso Fabiano creyó que tuviese un principio de hidrofobia y le colgó del pescuezo un rosario de mazorcas de maíz quemadas. Pero Baleia, siempre de mal en peor, se rascaba restregándose en las estacas del corral o se metía desesperada en el monte e impaciente espantaba las moscas sacudiendo las orejas caídas y agitando la cola pelada y corta, ancha en la base y llena de anillos, como una cola de cascabel.

Entonces Fabiano resolvió matarla. Buscó la espingarda de pedernal, la limpió y engrasó cuidadosamente y trató de cargarla bien para que la perrita no fuese a sufrir mucho.

Doña Vitória se encerró en la pieza, cubriendo con su cuerpo a los chicos asustados, que adivinaban una desgracia y no se cansaban de repetir la misma pregunta:

—¿Le van a hacer algo a Baleia?

Habían visto el plomo y la pólvora, y los modos de Fabiano los tenían afligidos, dándoles la sospecha de que Baleia corría peligro.

La perra era como un miembro de la familia: juntos jugaban los tres y, a decir verdad, para nada se diferenciaban: juntos se revolcaban en las arenas del río y en el pestilente lodo que subía y amenazaba cubrir el corral de las cabras.

Quisieron llegar hasta el pestillo de madera y abrir la puerta, pero doña Vitória los llevó a la cama de varas, los acostó y se esforzó por taparles los oídos: aprisionó la cabeza del

mayor entre los muslos y con las palmas de las manos apretó los oídos del otro. Como los niños se resistieron, los zamarreó, y trató de dominarlos, rezongando con energía.

Ella también tenía el corazón apesadumbrado, pero se resignaba: naturalmente, la decisión de Fabiano era necesaria y justa. ¡Pobre Baleia!

Prestó atención, oyó el ruido de los chumbos que se deslizaban por el caño del arma, los golpes sordos de la baqueta en el taco. Suspiró. Pobrecita Baleia.

Los niños comenzaron a gritar y a patear. Y como doña Vitória aflojó algo los músculos, dejó escapar al más corpulento y soltó una maldición:

—¡Demonio maldito!

En la lucha que trabó para asegurar de nuevo al hijo rebelde se enojó de verdad. Atrevido. Le tiró un coscorrón a la cabeza envuelta en la colcha colorada y en la pollera florida.

Poco a poco la cólera disminuyó, y doña Vitória, para engañar a las criaturas, se refirió a la perra achacosa como algo asqueroso, tuvo gestos de desdén y empleó nombres feos. Animal repugnante y baboso. Era un peligro dejar suelto en la casa a un perro rabioso. Pero comprendía que se mostraba demasiado severa y le parecía difícil que Baleia estuviese rabiosa, lamentándose de que el marido no hubiese esperado un día más para ver si realmente la ejecución era indispensable.

En ese momento Fabiano andaba en la varanda haciendo castañetas con los dedos. Doña Vitória encogió el pescuezo y trató de cubrirse las orejas con los hombros. Como esto no era posible, levantó los brazos, y sin soltar al hijo, consiguió ocultar un poco la cabeza.

Fabiano recorrió la varanda, miró por las porteras y la *baraúna*, azuzando a un invisible perro contra invisibles animales:

—¡*Ecô!* ¡*Ecô!*

En seguida entró en la sala, atravesó el corredor y llegó a la ventana baja de la cocina. Examinó los fondos, vio a Baleia que se restregaba las peladuras contra el árbol y llevó la espingarda

a la cara. La perra observó con desconfianza el gesto del amo y escudándose en el tronco se fue desviando, hasta quedar en el otro lado del árbol, agachada y arisca, mostrando apenas las pupilas negras. Fastidiado con esta maniobra, Fabiano saltó por la ventana, y deslizándose por el cerco del corral, se detuvo en el poste que formaba una esquina y nuevamente levantó el arma. Como el animal estaba de frente y no presentaba buen blanco, avanzó unos pasos. Al llegar a las *catingueiras* modificó la puntería y apretó el gatillo. La carga alcanzó los cuartos traseros e inutilizó una pata de Baleia, que se puso a ladrar desesperadamente.

Al oír el disparo y los ladridos, doña Vitória se puso a rezar a la Virgen María y los niños cayeron en la cama, llorando a los gritos. Fabiano volvió a la casa.

Baleia huyó precipitadamente, dando un rodeo por el tajamar, y entró en la quintita de la izquierda; pasó rozando los claveles y las macetas y por un agujero del cerco ganó el patio, y siempre corriendo en tres patas se dirigió a la varanda, pero temiendo encontrarse con Fabiano, se alejó hacia el corral de las cabras. Ahí se detuvo un instante, medio desorientada, para salir después a los saltos y sin destino.

Delante de la carreta le falló la pata trasera. Y perdiendo mucha sangre anduvo como una persona, en dos patas, arrastrando con dificultad la parte posterior del cuerpo. Quiso retroceder y esconderse debajo de la carreta, pero tuvo miedo de las ruedas.

Entonces se dirigió hacia los *juazeiros*. Debajo de una de las raíces había una cueva profunda y cómoda. Siempre le gustó revolcarse allí, para cubrirse de polvo y evitar las moscas y los mosquitos, y cuando se levantaba tenía hojas secas y ramitas pegadas en las heridas y parecía un animal muy distinto a cualquier otro.

Cayó antes de alcanzar la ambicionada cueva. Trató de incorporarse, enderezó la cabeza y estiró las patas delanteras, pero el resto del cuerpo permaneció echado de costado. En esta torcida posición apenas pudo moverse con suma dificul-

tad, tironeando con las patas, clavando las uñas en el suelo, agarrándose de las piedras sueltas. Finalmente, se debilitó y quedó quieta junto a las piedras donde los niños arrojaban las víboras muertas.

Una sed horrible le quemaba la garganta. Trató de verse las patas y no pudo distinguirlas: una nube le impedía la visión. Se puso a ladrar y le entraron ganas de morder a Fabiano. En realidad, no ladraba: aullaba en tono bajo, y los aullidos iban disminuyendo y se tornaron casi imperceptibles.

Como el sol la encandilase, consiguió adelantar unas pulgadas y pudo protegerse en un poco de sombra que proyectaba la piedra.

Nuevamente se miró angustiada. ¿Qué le estaría pasando? El nubarrón aumentaba de tamaño y se aproximaba.

Sintió el buen olor de las liebres que bajaban del cerro, pero el olor llegaba débil y llevaba partículas de otros vivientes. Parecía que el cerro se hubiese distanciado mucho. Respingó el hocico y lentamente aspiró el aire, con ganas de subir la cuesta y perseguir las liebres, que saltaban y corrían en libertad.

Comenzó a hacer arcadas penosamente, tratando de ladrar. Pasó la lengua por los belfos ardientes y no sintió ningún placer. El olfato iba embotándose cada vez más: evidentemente, las liebres habían huido.

Las olvidó y nuevamente le vino el deseo de morder a Fabiano, quien se le aparecía delante de los ojos vidriosos, con un extraño objeto en la mano. No conocía ese objeto, pero se puso a temblar, convencida de que solo podía encerrar sorpresas desagradables. Hizo un esfuerzo para desviarse de eso y esconder el rabo. Cerró los párpados pesados y consideró que el rabo ya estaba encondido. No podría morder a Fabiano: había nacido cerca de él, en su pieza, debajo de la cama de varas, y su vida transcurrió en sumisión, ladrando para juntar el ganado cuando el vaquero golpeaba las palmas de las manos.

El objeto desconocido continuaba amenazándola. Contuvo la respiración, ocultó los dientes y observó al enemigo por debajo de las pestañas caídas. Permaneció así un tiempo

y después se tranquilizó. Fabiano y la cosa peligrosa habían desaparecido.

Trabajosamente, abrió los ojos. Ahora había una gran oscuridad; con seguridad el sol se había ocultado.

Los cencerros de las cabras tintineaban hacia el lado del río y el hedor del chiquero se esparcía por todos lados.

Baleia se sobresaltó. ¿Qué hacían esos animales, sueltos en la noche? Su deber era levantarse y conducirlos al abrevadero. Frunció las narices, tratando de distinguir a los niños. Le extrañó su ausencia.

Ya no se acordaba de Fabiano. Había sucedido un desastre, pero Baleia no atribuía a ese desastre la impotencia en que se encontraba ni entendía que estuviese libre de responsabilidades. La angustia apretó su pequeño corazón. Tenía que vigilar las cabras. A esa hora los olores de las fieras carniceras se dejaban sentir por la ribera y en las espesuras del monte. Felizmente, los niños dormían en la estera, debajo del *caritó* donde doña Vitória guardaba el cachimbo.

Una noche de invierno, helada y cubierta de niebla, rodeaba a la criaturita. Silencio completo, sin ninguna señal de vida en los alrededores. El gallo viejo no cantaba en el palo del gallinero ni Fabiano roncaba en la cama de varas. Estos sonidos no interesaban mayormente a Baleia, pero cuando el gallo batía las alas y Fabiano se daba vuelta en el lecho, las emanaciones familiares le revelaban esas presencias. Ahora parecía que la estancia se hubiese despoblado.

Baleia jadeaba, con la boca abierta, las mandíbulas incontrolables, la lengua colgante e insensible. No sabía lo que había sucedido. El estruendo, el golpe que recibiera en el cuarto trasero y el viaje dificultoso desde el tajarar a los fondos de la casa se desvanecían en su espíritu.

Probablemente se encontraba en la cocina, entre las piedras que servían de fogón. Antes de acostarse, doña Vitória retiraba de allí las brasas apagadas y la ceniza, barría con la escoba el suelo quemado, y eso quedaba convertido en un excelente lugar para que un perro descansase. El calor ahuyentaba las

pulgas, la tierra se suavizaba. Y cuando comenzaba a dormir, numerosas liebres corrían y saltaban, una legión de liebres invadía la cocina.

El temblor aumentaba; abandonaba la barriga para llegarle al pecho. Del pecho hacia atrás era todo insensibilidad y olvido. Pero el resto del cuerpo se estremecía y espigas de *mandacaru* penetraban en la carne medio comida por la enfermedad.

Baleia recostaba la fatigada cabecita en la piedra. La piedra estaba fría. Realmente, doña Vitória debió de haber dejado apagar el fuego demasiado temprano.

Baleia quería dormir. Despertaría feliz, en un mundo lleno de liebres. Y lamería las manos de Fabiano, de un Fabiano enorme. Los chicos se revolcarían con ella y juntos rodarían en un patio enorme, en un enorme chiquero. El mundo quedaría totalmente lleno de liebres gordas y enormes.

Cuentas

Fabiano recibía por su trabajo la cuarta parte de los terneros y la tercera de los cabritos. Pero como no tenía huerta y apenas se limitaba a sembrar en la bajante unos puñados de porotos y maíz, comía de feria, debía deshacerse de sus animales y no llegaba a marcar una res o señalar la oreja de un cabrito.

Si pudiese economizar durante algunos meses, levantaría cabeza. Había forjado planes. Tonterías, porque animal rastroero no vuela. Consumidas las legumbres, roídas las espigas de maíz, necesitaba recurrir a los bienes de su patrón y cedía por cualquier precio el producto de su trabajo. Rezongaba, refunfuñaba, se afligía y trataba de regatear los recursos menguados, carraspeaba y engullía en seco. Si estuviese tratando con otro no sería robado tan descaradamente. Pero temía ser expulsado de la hacienda. Y se rendía. Aceptaba la plata y escuchaba consejos. Era bueno pensar en el futuro, y tener juicio. Se quedaba allí con la boca abierta, la cara encendida y el pescuezo hinchado. De pronto exclamaba:

—Puras palabras. El dinero anda montado a caballo y nadie puede vivir sin comer. Bicho rastroero no vuela.

Poco a poco la marca del propietario quemaba los animales de Fabiano. Y cuando no le quedaba nada para vender, el *sertanejo* se endeudaba. Al llegar el día de hacer cuentas ya estaba entrampado y le correspondía una miseria.

En esa oportunidad, como en las otras, Fabiano calculó el número de ganado que le correspondía para después arrepentirse, y finalmente dejó el negocio medio apalabrado y fue a consultar a su mujer. Doña Vitória mandó a los niños al tajamar y se sentó, concentrada, en la cocina. Distribuyó en el suelo semillas de distintas clases y realizó sumas y restas. Al día

siguiente Fabiano volvió a la ciudad, pero al cerrar el negocio notó que los cálculos de doña Vitória, como de costumbre, eran distintos que los del patrón. Reclamó y obtuvo la explicación habitual: esa diferencia provenía de los impuestos.

No se conformó: debía de haber algún engaño. Él era un bruto, sí señor, sabía perfectamente que era un bruto, pero su mujer tenía seso. Con seguridad había un error en el papel del blanco. No apareció el error y Fabiano perdió los estribos. ¡Pasar la vida entera así, metido en un agujero, entregando lo que era suyo por nada! ¿Estaba bien eso? ¡Trabajar como un negro, sin conseguir nunca liberarse!

El patrón se enfureció, lo encontró insolente y consideró oportuno que el vaquero fuese a buscar trabajo en otra estancia.

Entonces Fabiano bajó la voz y pareció tranquilizarse. Bien, bien. No era necesario armar ese barullo, no señor. Si había dicho alguna tontería, le pedía disculpa por ello. Era bruto, nunca había recibido educación. Pero atrevido no era, conocía el lugar que le correspondía. Era un *cabra*. ¿Iba a meterse a buscar dificultades con gente rica? Un bruto, sí señor, pero sabía respetar a la gente. Debía ser un error de la mujer, probablemente sería un error de la mujer. Le habían extrañado sus cuentas. En fin, como no sabía leer (un bruto, sí señor), creía en lo que le decía su vieja. Pero pedía disculpas y prometía no caer otra vez en lo mismo.

El patrón se ablandó y Fabiano salió de espaldas, con el sombrero barriendo los ladrillos del piso. En la puerta, al darse vuelta, se enganchó las rodajas de las espuelas y se alejó tropezando, los zapatones de cuero crudo golpeando el suelo como cascos.

Fue hasta la esquina y se detuvo para tomar aliento. No debían tratarlo así. Lentamente se dirigió hacia la plaza. Al llegar al boliche de don Ignacio volvió el rostro e hizo un largo rodeo, pues después de aquella desgracia temía pasar por allí. Se sentó en la vereda, sacó el dinero del bolsillo y comenzó a contarlos, tratando de adivinar cuánto le habían robado. No podía decir en voz alta que eso era un robo, pero lo era. Le

tomaban el ganado casi de balde y encima le inventaban impuestos. ¡Qué impuesto! Lo que había era poca vergüenza.

—¡Ladronazo!

Y no le permitieron quejas. Porque protestara de la exorbitancia, el blanco se había levantado furioso, con cuatro piedras en la mano. ¿Para qué tanto barullo?

—¡Hum!

Recordó lo que le sucediera años atrás, allá lejos y antes de la sequía. En un día de apuros recurrió a un puerco flaco que no quería engordar en el chiquero y estaba reservado para los consumos de Navidad: lo mató antes de tiempo y fue a venderlo en la ciudad. Pero el inspector municipal andaba con el talón de recibos y lo pescó. Fabiano se hizo el desentendido: no comprendía nada, era un bruto. Como el otro le explicase que para vender el puerco debía pagar impuesto, trató de convencerlo de que allí no había ningún puerco, sino cuartos de puerco, pedazos de carne. El agente se fastidió, lo insultó, y Fabiano se encogió de hombros. Bien, bien. Que Dios lo librase de tener cuestiones con el gobierno. Pero juzgaba que podía disponer de sus pedazos de carne. No entendía nada de impuestos.

—Soy un bruto, ¿no se da cuenta?

Suponía que el lechón era suyo. Ahora, si a la intendencia le correspondía una parte no había ni que hablar. Volvería a su casa y se comería la carne. ¿Podía comer la carne? ¿Podía o no podía? El funcionario golpeaba el suelo con el pie, impaciente, y Fabiano se disculpó, con el sombrero de cuero en la mano y el espinazo doblado.

—¿Quién dice que yo quiero pelear? Lo mejor es que terminemos con esto.

Se despidió, metió la carne en la bolsa y fue a venderla a las escondidas en otra calle. Pero sorprendido por el cobrador, tuvo que sufrir el impuesto y la multa. A partir de ese día no criaría más cerdos. Era peligroso criarlos.

Miró los billetes y los níqueles que tenía en la palma de la mano. Suspiró y se mordió los labios. No le quedaba ni el

derecho a protestar. Bajaba la cabeza. Si no la bajaba, tendría que desocupar la tierra y largarse con la mujer, los hijos y los trastos. ¿Y para dónde, eh? ¿Acaso tenía un lugar donde llevar a su mujer y a sus hijos? ¡No tenía nada!

Extendió la vista por los cuatro lados. Más allá de los tejados, que reducían el horizonte, la tierra se extendía, seca y dura. Se acordó de la penosa marcha que hiciera por ella, con toda la familia, agotados y hambrientos. Habían escapado con vida y esto le parecía un milagro, porque no sabía cómo pudieron escapar.

Si pudiese cambiar de lugar, gritaría bien alto que lo robaban. Aparentemente resignado, sentía un odio inmenso a algo que era al mismo tiempo la tierra reseca, el patrón, los milicos y los funcionarios municipales. En verdad, todo estaba contra él. Estaba acostumbrado, tenía el cuero muy duro, pero a veces se estremecía de rabia. No había paciencia en el mundo que soportase tanta cosa.

—Un día un hombre comete una barbaridad y se desgracia.

¿Pero no veían que él era de carne y hueso? Su deber era trabajar para los otros, naturalmente; él conocía su lugar. Bien. Había nacido con ese destino y nadie tenía la culpa de que él hubiese nacido con ese destino miserable. ¿Qué podía hacer? ¿Podía cambiar la suerte? Se asombraría si le dijese que era posible mejorar de situación. Había llegado al mundo para amansar potros, curar heridas con rezos y componer los cercos en invierno y verano. Era el destino. Su padre vivió así, su abuelo también. Y no tenía conocimientos más remotos de su familia. Cortar espinos y sobar lonjas: eso lo llevaba en la sangre. Estaba conforme, no pretendía nada más. Si le daban lo que era de él, estaba bien. Pero no se lo daban. Era un desgraciado, era como un perro, solo le daban huesos. ¿Por qué sería que los ricos hasta le quitaban una parte de esos huesos? Le daba asco que las personas importantes se metiesen en semejantes porquerías.

En la palma de la mano los billetes estaban húmedos de sudor. Quería saber la magnitud del robo. La última vez que hizo

cuentas con el patrón el perjuicio pareció menor. Se alarmó. Había oído hablar de impuestos y plazos. Eso le provocó una impresión bastante penosa: siempre que los hombres instruidos le decían palabras difíciles, a él le tocaba salir burlado. Cuando escuchaba tales palabras se sobresaltaba. Evidentemente, solo servían para encubrir estafas. Pero eran bonitas. A veces se adornaba con algunas y las empleaba fuera de lugar. Después las olvidaba. ¿Para qué un pobre de su laya debía emplear palabras de gente rica? En cambio, doña Terta tenía una lengua tremenda. Efectivamente, hablaba casi tan bien como las personas de la ciudad. Si él supiese hablar como doña Terta, buscaría trabajo en otra estancia y podría acomodarse mejor. Pero no sabía. En los aprietos le daba por balbucear, se apocaba como un niño y se rascaba los codos, confundido. Por eso se aprovechaban de él. Descarados. ¡Quedarse con las cosas de un infeliz que no tenía dónde caerse muerto! ¿No veían que eso no estaba bien? ¿Qué iban a ganar con semejante procedimiento? ¿Eh, qué iban a ganar?

—¡Ah!

Ahora no criaba cerdos y quería ver si el tipo del municipio le cobraba impuestos y multas. Le arrancaban la camisa del cuerpo y, como si fuese poco, le pegaban planchazos y lo metían en el calabozo. Pues no trabajaría más, iba a descansar.

Aunque tal vez no fuese. Interrumpió el monólogo y estuvo una eternidad contando y recontando mentalmente el dinero. Lo ató con fuerza en el pañuelo y lo metió en el bolsillo del pantalón, que abrochó con el botón de hueso. ¡Que porquería!

Se levantó y fue hasta la puerta de un boliche, con deseos de beber *cachaça*. Como había mucha gente apoyada en el mostrador, prefirió no entrar. No le gustaba verse en medio de la gente. Falta de costumbre. A veces decía algo sin intención de ofender, entendían otra cosa y surgían las complicaciones. Era peligroso entrar en el boliche. El único viviente que lo entendía era la mujer. Con ella ni necesitaba hablar: bastaban los gestos. Doña Terta sí que se expresaba como la gente de la ciudad. Y era bueno que una persona fuese así y tuviese

recursos para defenderse. Él no los tenía. Si contase con ellos no viviría en ese estado.

Era peligroso entrar en el boliche. Tenía deseos de beber un vaso de *cachaça*, pero se acordaba de la última visita que hiciera al negocio de don Ignacio. Si no hubiese tenido entonces la idea de beber, no le habría sucedido aquel desastre. No podía tomar un trago sin temor. Pues bien. Iba a volver a casa a dormir.

Se retiró, lento y pesado, alicaído el andar, silenciosas las rodajas de las espuelas. Seguramente no conciliaría el sueño. Bien en medio de la cama de varas había un palo con un nudo. Era necesario llevar encima mucho cansancio para que un cristiano pudiese acomodarse en semejante dureza. Precisaba fatigarse en el lomo de un caballo o pasar el día componiendo cercos. Deshecho, agobiado, se estiraba y roncaba como un puerco. Ahora no le sería posible cerrar los ojos. La noche entera daría vueltas sobre las varas, cismando con aquella injusticia. Le gustaría pensar lo que podía hacer en el futuro. No iba a hacer otra cosa que no fuese matarse en el trabajo y vivir en una casa ajena, mientras lo dejasen allí. Después saldría por el mundo, para morir de hambre en la *catanga* reseca.

Sacó del bolsillo el pedazo de tabaco y preparó un cigarrero con el cuchillo. Si al menos pudiese acordarse de hechos agradables, la vida no sería enteramente mala.

Abandonó la calle. Levantó la cabeza, vio una estrella, después muchas estrellas. Las imágenes de sus enemigos se esfumaron. Pensó en su mujer, en los hijos y en la perrita muerta. ¡Pobre Baleia! Era como si hubiese matado a un miembro de la familia.

El policía amarillo

Fabiano se metió en el sendero que desembocaba en la laguna reseca, calcinada y cubierta de *catingueiras* e isletas de árboles. Andaba pesado, con el morral lleno a la bandolera y una cantidad de lonjas y cencerros colgados de un brazo. El facón le golpeaba en la cadera.

Como de costumbre, observaba el suelo, descifrando los rastros. Conoció los de la yegua tordilla y su cría, marcas de cascos grandes y pequeños. Era la tordilla, con seguridad, porque divisó pelos blancuzcos en un tronco de *angico*. Había orinado en la arena y la orina deshizo las pisadas, lo que no sucedería tratándose de un caballo.

Fabiano andaba despreocupado mientras observaba estas señales y otras que se cruzaban, de bichos de menor importancia. Doblado hacia adelante, parecía husmear el suelo, y la desierta *catinga* se animaba, los animales que habían pasado por allí volvían a aparecersele delante de sus ojos escrutadores.

Siguió la dirección que había tomado la yegua. Anduvo cerca de cien brazas, cuando el cabresto que traía en el hombro se enganchó en una liana. Desenredó el cabresto, empuñó el facón y se puso a cortar las lianas y los cactus que interrumpían el paso.

Hizo un verdadero estrago. El suelo se cubrió de espinosos pedazos de cactus. Se detuvo al percibir un rumor de ramas quebradas, se volvió y dio de cara con el policía amarillo que, un año atrás, lo había llevado a la prisión donde tuvo que aguantar una paliza y una noche de calabozo. Bajó el arma. Eso duró un segundo. Menos: duró una fracción de segundo. Si hubiese durado más tiempo, el amarillo hubiese caído revolcándose en el polvo, con la cabeza partida. Como el impulso

que movió el brazo de Fabiano fue muy fuerte, el gesto que tuvo pudo ser suficiente para un homicidio, si otro impulso no le hubiera dirigido el brazo en sentido contrario. La lámina se detuvo en seco, junto a la cabeza del intruso, justo encima del gorro colorado. Al principio el vaquero no comprendió nada. Apenas vio que se le presentaba un enemigo. De pronto notó que aquello era un hombre y, cosa más grave, una autoridad. Sintió un choque violento y se detuvo, el brazo indeciso, flojo, inclinándose hacia un lado y hacia otro.

El policía, delgadito y encanijado, temblaba. Y Fabiano sentía ganas de levantar nuevamente su facón. Ganas tenía, pero los músculos flojeaban. Realmente, no quería matar a un cristiano: procedía como cuando, al montar un bagual, evitaba ramas y espinos. Ignoraba los movimientos que hacía en la silla. Algo lo empujaba hacia la derecha o hacia la izquierda. Era eso mismo lo que lo impulsaba a partir la cabeza del amarillo. Si ese impulso le hubiese durado un minuto más, Fabiano sería un *cabra* valiente. Pero no duró, sino que surgió la conciencia del peligro: y él permanecía indeciso, con los ojos abiertos de sorpresa, respirando con dificultad, con el estupor reflejado en el barbudo rostro cubierto de sudor, y el cabo del facón mal asegurado entre los dedos húmedos.

Tenía miedo y se repetía que estaba en peligro, pero eso le pareció tan absurdo que se puso a reír. ¿Miedo de aquello? Nunca había visto a persona alguna temblando así. Un perro. ¿Pero no era un compadrón en la ciudad? ¿No pisaba los pies de los *matutos* en la feria? ¿No los metía en el calabozo? Sinvergüenza, cretino.

Se enojó. ¿Por qué sería que ese descarado golpeteaba los dientes como un pecarí? ¿No veía que él era incapaz de vengarse? ¿No lo veía? Apretó las mandíbulas, frunció el ceño. La idea del peligro desaparecía. ¿Qué peligro? Contra eso ni necesitaba el cuchillo, le bastaban las uñas. Agitando los cencerros y las lonjas, acercó la mano izquierda, grande y peluda, a la cara del policía, que dio unos pasos hacia atrás y

se apoyó en una *catingueira*. Si no fuese por la *catingueira*, el infeliz hubiese caído.

Fabiano le clavó los ojos inyectados en sangre y envainó el facón. Podía matarlo con las uñas. Se acordó de la paliza recibida y de la noche en el calabozo. Sí, señor. Ese tipo ganaba dinero para maltratar a las criaturas inofensivas. ¿Estaba bien? El rostro de Fabiano se contraía, tremendo, más feo que el hocico de un animal. ¿Eh, estaba bien eso? Meterse con las personas que no hacen mal a nadie. ¿Por qué? Se sofocaba, las arrugas de la frente se le acentuaban y los pequeños ojos azules se abrían demasiado, en una interrogación dolorosa.

El policía se encogía, se escondía detrás del árbol. Y Fabiano se clavaba las uñas en las palmas callosas. Deseaba encegucer de rabia nuevamente. Pero era imposible retomar aquel instante de inconsciencia. Repetía que el arma no era necesaria, pero tenía la seguridad de que no conseguiría utilizarla y solo quería engañarse. Durante un minuto, la cólera que sentía por considerarse impotente fue tan grande, que recuperó el impulso y avanzó hacia su enemigo.

Pero esa rabia no duró, y aflojó los dedos que le herían las palmas; y Fabiano se detuvo, torpe como un pato, el cuerpo súbitamente reblandecido.

Protegiéndose detrás de la *catingueira*, el policía apenas presentaba un brazo, una pierna y un pedazo de cara, pero ese fragmento de hombre comenzó a crecer ante los ojos del vaquero. Y la otra parte, la que estaba escondida, debía de ser mayor. Fabiano trató de ahuyentar la idea absurda.

—¡Qué manera de pensar estupideces!

Minutos antes no pensaba en nada, pero ahora sudaba frío y tenía recuerdos insoportables. Era un sujeto violento, de corazón duro como la piedra. No, era un *cabra* que perdía los estribos algunas veces, y cuando esto sucedía siempre terminaba mal. Aquella tarde, por ejemplo, si no hubiese perdido la paciencia al punto de insultarle la madre a la autoridad, no hubiese dormido en el calabozo después de aguantar los planchazos en el lomo. Dos demonios le habían caído encima,

y un hierro le golpeaba el pecho y otro la espalda, mientras él se arrastraba temblando como un pollo mojado. Todo porque se había calentado y dijo una palabra desconsiderada. Falta de educación. ¿Pero tenía él la culpa? Se armó un tumulto y el cabo abrió paso entre los feriantes que se apretaban alrededor: “¡Marchando!”. Después la paliza y el calabozo, por causa de una tontería. Él, Fabiano, había sido provocado. ¿Era o no era así? El taco de la bota encima de la alpargata. Se impacientó y largó la palabrota. Naturalmente, insultar a la madre de alguien no significa nada, porque todo el mundo puede ver que no hay ninguna mala intención. Un dicho sin importancia. El amarillo debía saberlo. No lo sabía. Se puso furioso y tocó el pito. Y Fabiano tuvo que aguantárselas. “¡Marchando!”.

Dio un paso hacia la *catingueira*. Si él gritase ahora “¡marchando!”, ¿qué haría el policía? No se movería; permanecería allí, como pegado al tronco. Qué tontería: ahora podía insultarle a la madre. Pero entonces... Fabiano estiraba el labio y murmuraba algo. Ese tipo, achacoso y encanijado, metía a la gente en el calabozo y la golpeaba a su gusto. No entendía. Si fuese un tipo con fuerza y coraje, estaría bien. Finalmente, recibir una paliza del gobierno no es deshonoroso, y Fabiano hasta se sentiría orgulloso de recordar esa aventura. Pero aquello... Soltó unos gruñidos. ¿Por qué motivo el gobierno utilizaba gente así? Solo podía explicarse si temía emplear tipos decentes. Esa calaña de tipo, solo servía para morder a la gente inofensiva. ¿Él, Fabiano, sería tan malo si anduviese uniformado? ¿Sería capaz de pisarles los pies y golpear a los trabajadores? No sería.

Se aproximó lentamente, dio una vuelta y se encontró frente al policía espantado, apoyado en el tronco, con la pistola y el puñal inútiles. Esperó que se moviese. Evidentemente, era una miseria, pero vestía uniforme y no iba a permanecer así, los ojos saltándole de las órbitas, los labios palidísimos y castañeteándole los dientes como bolillos. ¿Por qué no gritaba ahora, sacaba pecho, y le plantaba el taco de la bota encima de la alpargata? ¿Cómo deseaba que le hiciese eso! La idea de ha-

ber sido insultado, preso y molido a golpes por una criatura tan mezquina le resultaba insoportable. Se miraba en la cobardía del tipo y era para verse más lastimoso y miserable que el otro.

Bajó la cabeza y se rascó los pelos colorados de la mandíbula. Si el policía no sacaba el facón y no gritaba, él, Fabiano, sería un ser muy desgraciado. Debía dominar aquel miedo, aquella palidez. Él era un animal macizo y duro. Tenía nervios y quería pelear; en otro tiempo le gustaron los alborotos y de ellos salía con la cresta alta. Se acordó de viejas luchas, en bailes con hembras y *cachaça*. Una vez, con el rebenque en la mano, puso en fuga a toda la negrada. Entonces fue cuando doña Vitória comenzó a gustar de él. Siempre fue hombre de malas pulgas. ¿Se iba enfriando con la edad? ¿Cuántos años tendría? Lo ignoraba, pero seguramente envejecía y se debilitaba. Si tuviese un espejo, vería las arrugas y las canas. Una verdadera ruina, un viejo. No había sentido la transformación, pero estaba gastado.

El sudor le humedeció las manos duras. ¿Entonces? ¿Sudaba por miedo a esa peste que se escondía temblando? ¿No era una verdadera desgracia, la mayor de las desgracias? Probablemente no se le calentaría más la sangre y pasaría el resto de su vida así, flojo y cachaciento. ¡Cómo cambia la gente! Era así: estaba cambiado. Parecía otro individuo, muy distinto al Fabiano que levantaba el polvo en los salones de baile. Un Fabiano bueno para aguantar planchazos en el lomo y dormir en el calabozo.

Dio vuelta la cara y guardó el cuchillo en la vaina. Aquello no era cuchillo, no servía para nada. ¡Seguro que no servía!

—¿Quién dijo que no servía?

Era un verdadero facón, sí señor; terminaba de moverse como un rayo cortando las lianas. Y estuvo a punto de partir la cabeza de un sinvergüenza. Ahora dormía en la vaina rota y era algo inútil, pero había sido un arma. Si aquella cosa hubiese durado un segundo más, el policía yacería muerto. Se lo imaginó así, en el suelo, con las piernas abiertas, los ojos despavoridos, un hilo de sangre empastándole los cabellos,

formando un riacho entre las piedras del sendero. ¡Muy bien! Lo arrastraría hacia la *catanga*, lo entregaría a los cuervos. Y no sentiría remordimientos. Dormiría bien sosegado con su mujer, en la cama de varas. Después gritaría a los niños, porque necesitan educación. Era un hombre, evidentemente.

Se irguió y clavó los ojos en los ojos del policía, que se desviaron. Un hombre. Era una tontería pensar que sería un flojo por el resto de su vida. ¿Estaba acabado? No estaba. ¿Pero para qué suprimir a ese miserable que se tambaleaba y solo quería caer al suelo? ¡Arruinarse por causa de esa pequeñez uniformada, que vagabundeaba en la feria e insultaba a los pobres! No se arruinaría, no valía la pena arruinarse. Mejor era guardar sus fuerzas.

Vacilante, se rascó la cabeza. Existían muchos de esos bichos mezquinos, había un horror de bichitos así, débiles y ruines.

Se alejó, inquieto. Viéndolo cohibido y pacífico, el policía recuperó algo de coraje, avanzó, pisando firme, y le preguntó el camino. Y Fabiano se quitó el sombrero de cuero.

—El gobierno es el gobierno.

Se descubrió para después inclinarse y enseñar el camino al policía amarillo.

El mundo cubierto de plumas

El *mulungu* del abrevadero se cubría de pájaros. Mala señal: probablemente el *sertão* no tardaría en arder. Llegaban en bandadas, ocupaban los árboles de la orilla del río, descansaban, bebían y, como no encontrasen comida en los alrededores, continuaban viaje hacia el sur. El matrimonio, angustiado, soñaba desgracias. El sol chupaba los pozos y esos malditos pájaros terminaban los restos de agua, querían matar al ganado.

Doña Vitória habló de esta forma, pero Fabiano rezongó arrugando la frente, encontrando que la frase era insensata. ¿Alguna vez las aves mataron a los bueyes y a las cabras? ¡Qué extravagancia! Con ojos desconfiados observó a su mujer, temiendo que estuviese desvariando. Fue a sentarse en el banco de la varanda y examinó el cielo límpido, lleno de luminosidades de mal augurio, cortadas por la sombra de las interminables bandadas. ¡Un animalito de plumas matar al ganado! Probablemente doña Vitória no estaba en sus cabales.

Fabiano estiró el labio en un gesto de desconcierto y arrugó más la frente sudorosa: imposible comprender la intención de la mujer. No atinaba. ¡Un animalito tan pequeño! Encontró la idea oscura y desistió de profundizarla. Entró en la casa y trajo el morral, armó un cigarrillo, golpeó con el fusil en la piedra, aspiró una chupada larga. Observó hacia todos lados y permaneció unos minutos vuelto hacia el norte, mientras se rascaba la mandíbula.

—¡Es el fin del mundo!

No permanecería allí mucho tiempo. En el gran silencio solo se escuchaba un rumor de alas.

¿Cómo fue que terminaba de decir doña Vitória? Su frase volvió al espíritu de Fabiano y en seguida surgió su signifi-

cado. Las inmigraciones de pájaros bebían el agua. Bien. El ganado sufría sed y moría. Muy bien. Las bandadas de pájaros mataban al ganado. Estaba bien. Pensándolo bien, eso era fácil de comprender, pero doña Vitória gastaba frases estiradas y confusas. Ahora Fabiano percibía lo que ella quiso decir. Olvidó la desgracia cercana y se rió encantado de la agudeza de doña Vitória. Una persona así valía oro. Tenía ideas, sí señor, tenía muchas cosas dentro de la cabeza. En las situaciones difíciles encontraba salida. ¿No estaba claro? ¡Descubrir que las bandadas de pájaros mataban el ganado! Y lo mataban. A esa hora el *mulungu* del abrevadero, sin hojas y sin flores, un esqueleto pelado, se veía lleno de plumas.

Deseó ver eso de cerca y se incorporó. Se echó el morral a la bandolera y fue a buscar el sombrero de cuero y la espingarda. Bajó de la varanda, atravesó el patio y se acercó a la loma pensando en la perra Baleia. ¡Pobrecita! Le aparecieron unas cosas horribles en la boca, el pelo se le caía, y fue necesario matarla. ¿Procedió bien? Nunca reflexionó sobre esto. La perra estaba rabiosa. ¿Podía consentir que mordiese a los niños? ¿Podía consentir eso? Era una locura exponer las criaturas a la hidrofobia. Pobre Baleia. Sacudió la cabeza para alejarla de su espíritu. Era esa maldita espingarda lo que le traía la imagen de la perrita. La espingarda, sin duda. Torció la cara ante las piedras del fondo del patio, donde Baleia apareció fría y rígida, con los ojos comidos por los cuervos.

Alargó el paso y descendió la loma, pisando la tierra de aluvión al acercarse al abrevadero. Había un golpetear enloquecido de alas encima del pozo de agua negra, y el esqueleto del *mulungu* estaba completamente invisible. Pestes: cuando esas bandadas bajaban del desierto, se terminaba todo. El ganado iba a morirse y hasta los mismos espinos se secarían.

Suspiró. ¿Qué podía hacer? Huir una vez más, aquerenciarse en otro lugar y recomenzar la vida. Levantó la espingarda y sin tomar puntería apretó el gatillo. Cinco o seis aves cayeron al suelo, el resto se espantó y las quemadas ramas surgieron

desnudas, pero poco a poco se fueron cubriendo. Aquello no tenía fin.

Fabiano se sentó desanimado en la barranca del abrevadero, lentamente cargó la espingarda con chumbo menudo y no apretó el taco para que la carga se esparciera y matara a muchos enemigos. Nuevo tiro y nuevas caídas, pero esto no le produjo ningún placer a Fabiano. Allí tenía comida para dos o tres días, y si contase con mucha munición, tendría comida para semanas y meses.

Examinó la bolsita de pólvora y la de municiones y se estremeció al pensar en el viaje. Trató de engañarse y se imaginó que la fuga no se realizaría si él no la provocase con malas ideas. Volvió a encender el cigarrillo y trató de distraerse hablando consigo mismo. Doña Terta era la persona más letrada de esos alrededores. ¿Cómo andarían las cuentas con el patrón? He aquí lo que nunca conseguiría descifrar. Ese negocio de los impuestos se lo engullía todo, y finalmente el blanco hasta estimaba que le hacía un favor... Y el policía amarillo...

Fabiano, enfurecido, cerró las manos y se dio puñetazos en los muslos. ¡Diablo! Se esforzaba por olvidar una desgracia y lo atropellaban otras. No quería acordarse del patrón ni del policía amarillo. Pero le venía el recuerdo, desesperadamente, sin que lo llamara, enroscado como una cascabel furiosa. Era un infeliz, la criatura más infeliz del mundo. Aquella tarde debió matar al policía amarillo, debió rebanarlo con el cuchillo. *Cabra* ordinario y sin coraje, se agachó y le enseñó el camino. Se pasó la mano por la frente rugosa y sudada. ¿Para qué acordarse de esa vergüenza? Sentía pena de sí mismo. ¿Entonces estaba decidido que viviría siempre en esa forma? *Cabra* descarado y flojo. Si no fuese tan débil, ya habría entrado en el *cangaço* para cometer más de una carnicería. Después recibiría un tiro en alguna emboscada o envejecería en la prisión, cumpliendo su sentencia, pero todo eso era preferible a terminar en la orilla del camino, asado en la tremenda seca y viendo cómo su mujer y sus hijos también agonizaban. Debió haber agujereado con su puñal, lentamente, el pescuezo del amarillo. Quizá entonces

estuviese preso, pero respetado, un hombre respetado, lo que se dice un hombre. En cambio, así como estaba nadie podía respetarlo. No era un hombre, no era nada. Aguantaba los planchazos en el lomo sin vengarse.

– Fabiano, hijo mío, ten coraje. Ten vergüenza, Fabiano. Mata al policía amarillo. Los policías amarillos son unos desgraciados y tienen que morir. Mata al policía amarillo y a los que lo mandan.

Como gesticulaba con furor, gastando mucha energía, perdió el aliento y sintió sed. Por la cara colorada y quemada corría el sudor y hacía más oscura la barba pelirroja. Descendió de la barranca, se agachó a orillas del agua salobre y se puso a beber ruidosamente con la palma de las manos. Una nube de pájaros voló asustada. Fabiano se levantó con un brillo de indignación en los ojos.

– ¡Miserables!

Nuevamente su cólera se volcaba contra las aves. Volvió a sentarse en la barranca, tiró repetidas veces contra las ramas del *mulungu* y el suelo se cubrió de cadáveres. Los salaría, para conservarlos ensartados en una cuerda. Servirían de alimento en el viaje próximo. Debía gastar el resto del dinero en pólvora y municiones, pasar un día en el abrevadero y después largarse por el mundo. ¿Pero era tan necesaria esa mudanza? A pesar de saber perfectamente que era de absoluta necesidad, se aferró a esperanzas frágiles. Tal vez la sequía no llegase, tal vez lloviese. Esos malditos pájaros le metían miedo. Trató de olvidarlos. ¿Pero cómo poder olvidarlos si estaban allí, volando encima de su cabeza, agitándose en el lodo, empinados en todas las ramas, y otros muertos, esparcidos por el suelo? Si no fuese por ellos, la sequía no existiría. Por lo menos no existiría en ese momento: vendría después, resultaría más corta. Así comenzaba en seguida, y a Fabiano le tocaba sentirla cuando esa desgracia aún se encontraba lejos. Y la sentía como si ya hubiese llegado en toda su intensidad, y pregustaba el hambre, la sed y las inmensas fatigas de las retiradas. Días antes se encontraba muy tranquilo, preparando

tientos y componiendo cercos. De repente una rayita en el cielo, otras rayitas, y millares de rayitas juntas, formando verdaderas nubes, y el tremendo rumor de alas anunciando la destrucción. Él ya andaba desconfiado, al comprobar cómo se secaban las fuentes. Y miraba con disgusto la blanca luminosidad de las largas mañanas y el siniestro bermellón de las tardes. Se confirmaban todas sus sospechas.

—¡Miserables!

Esas malditas aves eran la causa de la sequía. Si pudiese matarlas, la seca se extinguiría. Accionó violentamente al cargar, furioso, la espingarda; la mano grande y peluda, agrietada y llena de manchas, temblaba al preparar el arma.

—Pestes.

Imposible terminar con esa plaga. Extendió la vista por la campiña y se sintió solo. Solitario en un mundo cubierto de plumas, cubierto de aves que terminarían por comerlo. Pensó en su mujer y suspiró. Pobre doña Vitória: nuevamente a vivir en los descampados, acarreado el baúl de hojalata. Era duro pensar que una persona de tanto juicio como su mujer tuviese que caminar sobre la tierra ardiente, desollándose los pies en las piedras. Las bandadas de pájaros mataban al ganado. ¿Cómo doña Vitória pudo descubrir eso? Era difícil. A él, Fabiano, aunque se exprimiese los sesos, no se le ocurriría semejante frase. Doña Vitória contaba lo más bien: se sentaba en la cocina, consultaba los montones de semillas de varias clases, que correspondían a milréis, tostões y vintenes. Y acertaba. Las cuentas del patrón eran diferentes, anotadas con tinta en contra del vaquero, pero Fabiano sabía que esas sumas estaban equivocadas y que el patrón quería engañarlo. Y lo engañaba, sin remedio. Él, Fabiano, era un desgraciado, un *cabra*, dormía en el calabozo y aguantaba los planchazos en el lomo. ¿Podía reaccionar? No podía. Era un *cabra*. Pero las cuentas de doña Vitória eran exactas. Pobre doña Vitória. No podría extender nunca los huesos en una cama verdadera, su único deseo. ¿Los otros no se acostaban sobre buenas camas? No

queriendo afligirla, Fabiano concordaba con ella, aunque aquello fuese un sueño. Nunca podrían dormir como gente. Y ahora iban a ser devorados por las bandadas de pájaros.

Descendió de la barranca y lentamente fue recogiendo los pájaros muertos. Los metió en el morral, que quedó lleno, panzón. Se retiró lentamente. Él, doña Vitória y los dos niños se comerían las bandadas.

Si la perra Baleia estuviese viva, se habría hecho un festín. ¿Por qué se le apretaba el corazón? Pobrecita la perrita. Si la mató fue por fuerza mayor, porque estaba muy enferma. Volvió con el recuerdo a las lonjas de cuero, a los cercos y a las cuentas embarulladas del patrón. Subió la loma, acercándose a los *juazeiros*. Junto a la raíz de uno de esos árboles, la pobrecita gustaba revolcarse para cubrirse de ramitas y hojas secas. Fabiano suspiró al sentir un enorme peso adentro. ¿Y si hubiese cometido un error? Miró la planicie calcinada, el cerro donde saltaban las liebres y le contó a las *catigueiras* y a los *alastrados* que el animal se encontraba rabioso y era una amenaza para las criaturas. Lo mató por eso.

Entonces las ideas de Fabiano se embarullaron: la perra se confundía con las bandadas de pájaros, las que a su vez se identificaban con la sequía. Él, la mujer y los dos chicos serían devorados. Doña Vitória tenía razón: era perspicaz y percibía las cosas de muy lejos. Fabiano abría los ojos de asombro; nunca dejaría de admirarla. Pero el corazón, grande como un sapo cururú, se henchía con el recuerdo de la perrita. Pobrecita, la veía otra vez, flaca, rígida, dura, con los ojos arrancados por los cuervos.

Delante de los *juazeiros*, Fabiano se santiguó. ¿Quién podía decir que el alma de Baleia no anduviese penando por allí?

Llegó a la casa, preso del miedo. Estaba oscureciendo y a esa hora sentía siempre ciertos vagos terrores. Últimamente vivía decaído y angustiado, porque eran muchas las desgracias. Necesitaba consultar a doña Vitória y preparar el viaje,

librarse de la imagen de la invasión de pájaros y explicarse, convencerse de que no cometió una injusticia al matar a la perra. Era necesario abandonar esos lugares maldecidos. Doña Vitória pensaría como él.

Fuga

La vida en la estancia se hacía difícil. Doña Vitória se persignaba, temblorosa, daba vueltas al rosario y movía los labios mientras rezaba ruegos desesperados. Encogido en el banco de la varanda, Fabiano contemplaba la *catanga* amarilla, donde las hojas secas se pulverizaban, trituradas por los remolinos, y los ramajes se retorcían, negros y calcinados. En el cielo azul las últimas bandadas habían desaparecido. Poco a poco los animales se extinguían, devorados por la garrapata. Y Fabiano resistía, pidiendo a Dios un milagro.

Pero cuando la estancia se despobló, vio que todo estaba perdido y planeó el viaje con su mujer; mató al ternero que languidecía, el único animal que le quedaba; saló la carne y se largó a andar con la familia, sin despedirse de su patrón. Nunca podría liquidar esa exagerada deuda. Solo le quedaba echar a correr por el mundo, como un negro que escapara de la esclavitud.

Salieron de madrugada. Doña Vitória metió el brazo por el agujero de la pared y cerró la puerta de adelante con la tranca. Atravesaron el patio; en la oscuridad dejaron el chiquero y el corral vacíos, con las porteras abiertas, la carreta que se pudría, los *juazeiros*. Al pasar junto a las piedras donde los niños arrojaban las víboras muertas, doña Vitória se acordó de la perra Baleia y lloró, pero estaba sola y nadie la vio llorar.

Bajaron la loma, y después de atravesar el río seco, rumbo hacia el sur. Con el fresco de la madrugada pudieron andar bastante, en silencio: cuatro sombras en el sendero cubierto de piedras sueltas. Los dos niños iban adelante, cargando paquetes de ropa; doña Vitória cargaba el baúl de hojalata pintada y la calabaza de agua, mientras Fabiano cerraba la

marcha, con machete y puñal, la caramañola suspendida de una correa amarrada al cinturón, el morral a la bandolera, la espingarda de pedernal en un hombro y una mochila en el otro. Caminaron tres buenas leguas, antes de que asomasen las barras del día.

Hicieron alto. Fabiano dejó en el suelo parte de la carga y miró al cielo, las manos oficiando de pantallas sobre la frente. Se había arrastrado hasta allí en la incertidumbre de que tuviera realmente que mudarse. Trataba de demorarse, y en cierto momento reprendió a los niños, que se adelantaban, y les aconsejó que ahorraran energía. La verdad es que no quería alejarse de la estancia. Lo consideraba un viaje sin motivo y por momentos no creía en su utilidad. Lo preparó lentamente, lo postergó, volvió a iniciar los preparativos, y solo se resolvió a partir cuando se vio definitivamente perdido. ¿Podía continuar viviendo en un cementerio? Ya nada lo ataba a esa tierra dura e iba a buscar un lugar menos seco para que lo enterraran. Esto lo decía Fabiano mientras pensaba en las cosas ajenas: el chiquero y el corral, que necesitaban arreglos; el caballo de servicio, tan buen compañero, la yegua alazana, las *catingueiras*, las macetas, las piedras del fogón y la cama de varas. Sentía que los pies se le desvanecían y las alpargatas callaban en la oscuridad. ¿Sería necesario largar todo? Las alpargatas chirriaban nuevamente en el camino cubierto de piedras.

Fabiano examinaba ahora el cielo, la barra que se encendía en el naciente, y no quería convencerse de la realidad. Trató de distinguir algo distinto del bermellón que contemplaba todos los días, con el corazón a los saltos. Debajo del ala caída del sombrero, las manos enormes temblaban mientras le protegían los ojos de la claridad.

Los brazos cayeron, desanimados.

—Se acabó.

Antes de mirar el cielo, ya sabía que estaba negro en un lado y color de sangre en el otro y que se convertiría en un azul profundo. Se estremeció como si descubriese algo ominoso.

Desde que aparecieron las bandadas de pájaros vivía intranquilo. Trabajaba con exceso para no perder el sueño. Pero en medio del trabajo un estremecimiento le recorría el espinazo, y de noche se despertaba angustiado y se encogía en un rincón de la cama de varas, mordido por las pulgas, sumido en sus miserias.

La luz aumentó e inundó los campos. Solo entonces inició el viaje. Fabiano clavó la vista en su mujer y en los hijos, tomó la espingarda y la bolsa de provisiones y ordenó la marcha con una áspera interjección.

Se alejaron rápidamente, como si alguien tratase de darles alcance, y las alpargatas de Fabiano casi pisaban los talones de los niños. El recuerdo de la perra Baleia lo picaba en forma intolerable. No podía librarse de su imagen. Los *mandacarus* y los *alastrados* vestían la campiña: espinos, solo espinos. Y Baleia lo obsesionaba. Había que huir de esa vegetación enemiga.

Los niños corrían. Doña Vitória buscó con la vista el rosario de cuentas blancas y azules que llevaba entre los pechos, pero con el movimiento que hizo, el baúl de hojalata pintada casi se le cae. Se enderezó para acomodar el baúl y movió los labios en una oración. Dios Nuestro Señor protegería a los inocentes. Doña Vitória flaqueaba; una ternura inmensa le llenaba el corazón. Se reanimó, y para liberarse de los pensamientos tristes inició una conversación a base de monosílabos con su marido. A pesar de no ser nada corta de lengua, sentía un nudo en la garganta y no podía explicarse. Pero se veía desamparada y menuda en medio de la soledad y necesitaba el apoyo de alguien que le infundiese valor. Le era indispensable oír algún sonido. La mañana, sin pájaros, sin hojas y sin viento, avanzaba en un silencio de muerte. Ya había desaparecido la franja rojiza, diluida en el azul que llenaba el cielo. Doña Vitória necesitaba hablar. Si permaneciese callada, sería como uno de esos troncos de *mandacaru*, que se secaban y morían. Quería engañarse, gritar, decir que era fuerte y que todo aquello, el tremendo calor, los árboles transformados en esqueletos y la inmovilidad y el silencio no valían nada. Se

acercó a Fabiano para ampararlo y ampararse, y olvidó toda esa realidad inmediata, los espinos y las bandadas de pájaros y los cuervos que husmeaban la carniza. Habló del pasado, confundiendo con el futuro. ¿No podrían volver a ser lo que ya habían sido?

Fabiano vaciló y refunfuñó, como lo hacía siempre que le dirigían palabras incomprensibles. Pero le pareció bien que doña Vitória hubiese iniciado la conversación. Estaba desesperado, y la bolsa de provisiones y el morral comenzaban a pesar excesivamente. Doña Vitória hizo la pregunta, Fabiano se puso a cismar y anduvo así su buena media legua, sin sentirla. Al principio quiso responder que evidentemente ellos eran lo que habían sido; después encontró que estaban cambiados, más viejos y débiles. Para decirlo bien, eran otros. Doña Vitória insistió. ¿No les traería suerte volver a vivir como ya lo habían hecho, muy lejos? Fabiano vacilaba, movía la cabeza. Tal vez fuese así y tal vez no. En voz queda sostuvieron una conversación larga y entrecortada, llena de malentendidos y repeticiones. Podían volver a vivir como ya lo habían hecho, en aquella casita protegida por el molino de don Tomás. Discutieron y terminaron reconociendo que eso no valdría la pena, porque estarían siempre con el temor de la sequía. Ahora se aproximaban a los lugares habitados y tendrían que encontrar morada. No andarían siempre como gitanos vagabundos. El vaquero se asombraba con la idea de que se dirigía a una tierra donde tal vez no existiese ganado para trabajar. Doña Vitória trató de tranquilizarlo, diciendo que podía dedicarse a otras ocupaciones, y Fabiano se estremeció, se volvió y extendió la vista hacia la estancia abandonada. Se acordó de los animales abichados, pero en seguida alejó el recuerdo. ¿Qué hacía allí, vuelto hacia atrás? Los animales estaban muertos. Entrecerró los párpados para contener las lágrimas y una enorme nostalgia le apretó el corazón, pero instantes después le llegaron a la memoria figuras insoportables: el patrón, el policía amarillo, la perra Baleia rígida junto a las piedras del fondo.

Los niños desaparecieron en una curva del camino. Fabiano se adelantó para alcanzarlos. Era necesario aprovechar su disposición de andar y dejar que marcharan a gusto. Doña Vitória acompañó a su marido y se acercó a los hijos. Doblando el codo del camino, Fabiano sentía que se iba distanciando de los lugares donde habían vivido aquellos años; el patrón, el policía amarillo y la perra Baleia se borraron de su espíritu.

Y recomenzó la conversación. Fabiano se sentía ahora algo optimista. Acomodó la bolsa de vituallas y examinó el rostro carnudo y las piernas macizas de su mujer. Estaba bien. Deseó fumar. Como tenía que sostener la bolsa y la espingarda, no pudo cumplir con ese deseo. Pensó en acampar allí, pero no se atrevió a detener la caminata. Y continuó balbuceando, agitando la cabeza para ahuyentar una nube que, vista de cerca, escondía al patrón, al policía amarillo y a la perra Baleia. Los pies callosos, duros como cascos, calzados en alpargatas nuevas, caminarían meses. ¿O no caminarían? Doña Vitória creía que sí. Fabiano le agradeció la opinión y le alabó las piernas macizas, las nalgas voluminosas y los pechos llenos. Las mejillas de doña Vitória enrojecieron y Fabiano repitió con entusiasmo el elogio. Así era. Estaba bien, espigada y firme, podría andar mucho. Doña Vitória se rió bajando los ojos. No era tanto como decía él, no. Dentro de poco tiempo quedaría flaca, con los pechos caídos. Pero ya recuperaría las carnes. Y tal vez ese lugar donde se encaminaban fuese mejor que todos los otros conocidos. Fabiano estiró los labios para expresar su duda. Doña Vitória la rechazó. ¿Por qué no podían llegar a ser gente capaz de tener una cama igual a la de don Tomás el del molino? Fabiano frunció la frente: comenzaban los despropósitos de su mujer. Pero doña Vitória insistió y terminó por dominarlo. ¿Por qué habrían de ser siempre tan desgraciados, huyendo por el *mato* como animales? Con seguridad existían en el mundo cosas extraordinarias. ¿Debían aceptar vivir siempre escondidos como bichos? Fabiano respondió que no.

—El mundo es grande.

Realmente, para ellos era bien pequeño pero afirmaban que era grande y marchaban adelante, entre confiados e intranquilos. Vieron a los niños, que miraban los montes distantes, donde vivían seres misteriosos.

—¿En qué estarán pensando? —preguntó doña Vitória.

A Fabiano le pareció extraña la pregunta y refunfuñó una objeción. El niño es un animalito que no piensa. Pero doña Vitória formuló nuevamente la pregunta y el marido no pudo mantener su seguridad. Ella debía de tener razón. Siempre tenía razón. Ahora deseaba saber qué irían a hacer los hijos cuando creciesen.

—Arrear vacas —opinó Fabiano.

Doña Vitória, con una mueca de repulsión, negó sacudiendo la cabeza con tal vigor, que estuvo a punto de echar al suelo el baúl de hojalata. Nuestra Señora los libraba de semejante desgracia. ¡Qué idea la de arrear ganado! Llegarían a una tierra distante y olvidarían la *catinga* con sus montes achaparrados, pedregales, ríos secos, espinos, cuervos, y gente y animales agonizantes. No volverían nunca más, iban a resistir la nostalgia que ataca a los *sertanejos* en el campo abierto. ¿Acaso ellos eran bueyes para morir de nostalgia por falta de espinos? Iban a vivir muy lejos y adoptarían costumbres diferentes.

Fabiano escuchaba deslumbrado los sueños de su mujer; aflojó los músculos y la bolsa de vituallas se le escurrió en el hombro. Se enderezó y le dio un tirón a la carga. La conversación de doña Vitória le servía de mucho: habían caminado leguas casi sin sentir las. De repente flaqueó. Debía de ser hambre. Fabiano irguió la cabeza y clavó los ojos por debajo del ala negra y quemada del sombrero de cuero. Era mediodía, más o menos. Bajó los ojos encandilados y trató de descubrir en la planicie una sombra o señal de agua. Realmente, sentía un agujero en el estómago. Acomodó la bolsa una vez más y, para conservarla en equilibrio, andaba torcido, con un hombro alto y otro bajo. El optimismo de doña Vitória ya no le impresionaba tanto. Ella aún se aferraba a sus fantasías. Pobrecita. Construir

semejantes planes mientras el peso del baúl y de la calabaza de agua le enterraban el pescuezo en el cuerpo.

Descansaron debajo del esqueleto de una *quixabeira*, se pusieron a masticar puñados de fariña, pedazos de charqui y bebieron un trago de la calabaza. El sudor se secaba en la frente de Fabiano, mezclado con el polvo que le llenaba las arrugas profundas, y esa especie de lodo le llegaba hasta la correa del sombrero. Al sosegar el estómago, el mareo desapareció. Cuando partiesen, la calabaza no doblaría el espinazo de doña Vitória. Instintivamente buscó en el descampado el indicio de alguna fuente de agua. Un escalofrío lo estremeció. Mostró los dientes sucios en una sonrisa infantil. ¿Cómo podía tener frío con semejante calor? Un instante permaneció como atontado, mirando a los hijos, a la mujer y al pesado bagaje. El hijo mayor trituraba un hueso con apetito. Fabiano se acordó de la perra Baleia, otro estremecimiento le corrió por el espinazo, la sonrisa tonta desapareció.

Si encontrasen agua allí cerca, beberían mucho y continuarían llenos, arrastrando los pies. Fabiano le comunicó esto a doña Vitória, indicándole una depresión del terreno. ¿No sería un abrevadero? Doña Vitória estiró el labio inferior, indecisa, y Fabiano afirmó lo que había preguntado. ¿O quería decir que él no conocía esos lugares y hablaba por hablar? Si la mujer hubiese estado de acuerdo, Fabiano hubiera cedido, pues le faltaba convicción; pero como doña Vitória se mostraba dudosa, Fabiano se exaltaba y trataba de inculcarle valor. Inventaba el abrevadero, lo describía, y mentía sin saber que estaba mintiendo. Y doña Vitória se excitaba y le transmitía esperanzas. Andaban por lugares conocidos. ¿Cuál era el oficio de Fabiano? Trabajar con animales, explorar los alrededores sobre el lomo de un caballo. Y él exploraba todo. Hacia el lado de los lejanos montes existía otro mundo, un mundo temible, pero hacia el lado que andaban, la planicie, conocía de memoria plantas y animales, cuevas y piedras.

Los niños se echaron al suelo y cayeron dormidos. Doña Vitória pidió la tabaquera a su compañero y encendió el ca-

chimbo. Fabiano armó un cigarrillo. Por el momento todo estaba tranquilo. El supuesto abrevadero se convirtió en realidad. Volvieron a hacer proyectos en voz queda mientras se mezclaban el humo de la pipa y del cigarro. Fabiano insistió en sus conocimientos topográficos y se refirió a su caballo de trabajo. Un animal tan bueno, y seguramente se iba a morir. Si lo hubiesen traído con ellos, transportaría el bagaje. Los primeros tiempos podría comer hojas secas, y después de atravesar los montes de espinos, encontraría alimento verde. Pero desgraciadamente ese animal pertenecía al estanciero, y ahora debía agonizar, sin nadie que le alcanzase una ración. Su compañero de trabajo iba a morir en un extremo del cerco, escuálido y lleno de mataduras, viendo cómo los cuervos se aproximaban impávidos, embistiendo con sus picos, amenazándole los ojos. El recuerdo de las terribles aves, que con sus picos agudos amenazaban los ojos de las criaturas vivas, horrorizó a Fabiano. Si tuviesen paciencia comerían tranquilamente las carnisas. Pero esas pestes voraces, que volaban trazando círculos allá arriba, no conocían la paciencia.

—¡Pestes!

Siempre volaban y nadie podía saber de dónde venía tanto cuervo.

—¡Pestes!

Miró las sombras movedizas que llenaban la campiña. Tal vez estuviesen trazando círculos alrededor del pobre caballo caído en una esquina del cerco. Los ojos de Fabiano se humedecieron. Pobre caballo: estaba flaco, pelado, hambriento, y abría tales ojos que parecían humanos.

—¡Pestes!

Lo que indignaba a Fabiano era la costumbre que tenían los miserables de pegar picotazos a los ojos de las criaturas que ya no podían defenderse. Se incorporó asustado, como si esos animales estuviesen bajando del cielo azul y anduviesen allí cerca, en un vuelo rasante, trazando círculos cada vez más estrechos en torno de su cuerpo, de doña Vitória y de los niños.

Doña Vitória le percibió la angustia en la cara torturada y se levantó también, despertó a sus hijos y aprontó los bultos. Fabiano volvió a acomodar su carga. Doña Vitória le desató la correa sujeta al cinturón, sacó la caramañola y la ubicó encima de la cabeza del hijo mayor, sobre un atado de ropa vieja. Fabiano aprobó este arreglo y sonrió, olvidándose de los cuervos y el caballo. Sí señor: ¡Qué mujer! Él quedaba con la carga aliviada y el pequeño se protegía la cabeza del sol. El peso de la calabaza que oficiaba de caramañola era una insignificancia, pero Fabiano se encontró más liviano y pisando firmemente se dirigió hacia el abrevadero. Llegarían allí antes de la caída de la noche, para poder beber y descansar, y proseguir la marcha con la luna. Todo eso era dudoso, pero adquiriría consistencia. Y la conversación recomenzó, mientras el sol declinaba.

—Tengo comido tocino más peludo —declaró Fabiano, desafiando el cielo, los espinos y los cuervos.

—¿Verdad, no? —murmuró doña Vitória sin preguntar nada, apenas confirmando lo que él decía.

Poco a poco una vida nueva, aunque aún confusa, se iba esbozando. Se iban a acomodar en un sitio pequeño, lo que parecía algo difícil a Fabiano, criado suelto en el *mato*. Cultivarían un pedazo de tierra. Después, se mudarían a una ciudad, donde los niños concurrirían a la escuela, para ser distintos a ellos. Doña Vitória se entusiasmaba. Fabiano reía y sentía ganas de restregarse las manos, agarradas a la bolsa y a la espingarda de pedernal.

No sentía la espingarda, la bolsa de vituallas, las piedrecillas que le entraban en las alpargatas, el olor de carroña que apestaba el camino. Las palabras de doña Vitória lo tenían encantado. Iban a seguir adelante hasta alcanzar una tierra desconocida. Fabiano estaba contento y creía en esa tierra, porque no sabía dónde se encontraba ni cómo era. Dócilmente repetía las palabras de doña Vitória, las palabras que doña Vitória murmuraba porque tenía confianza en él. Y andaban hacia el sur, metidos en aquel sueño. Una ciudad grande, llena de personas fuertes. Los niños en la escuela, aprendiendo

cosas difíciles y necesarias. Ellos dos, viejitos, acabándose como unos perros, inútiles, terminando como Baleia. ¿Qué iban a hacer? Se retardaron, temerosos. Llegarían a una tierra desconocida y civilizada, y quedarían presos en ella. Y el *sertão* continuaría mandando siempre gente para allá. El *sertão* mandaría a la ciudad hombres fuertes, brutos, como Fabiano, doña Vitória y los dos niños.



Vocabulario

Alastrado: V. *xiquexique*.

Alecrim: arbusto.

Angico: variedad de árbol. Los indios empleaban sus frutos para preparar una especie de rapé.

Baleia: ballena.

Baraúna: árbol de la familia de las anacardiáceas, muy común en la *catinga*, donde alcanza hasta doce metros de altura. Hojas aromáticas, ramas espinosas, flores blancas, madera muy dura. (Aurelio).

Beatos: fanáticos armados.

Bendito: oración que comienza con esa palabra.

Cabra: forma despectiva y popular de denominar al mestizo de mulato y negro. En el norte de Brasil se ha generalizado para denominar al trabajador rural, o al joven.

Cachaça: Cachaza. Aguardiente que se obtiene por la fermentación y destilación de la miel o de las borras de melaza. Por extensión, cualquier bebida alcohólica de baja calidad.

Cangaceiro: bandolero de los desiertos.

Cangaço: bandolerismo peculiar del *sertão*, en forma de bandos y hasta pequeños ejércitos que asaltan los poblados.

Caritó: pequeño nicho excavado en las paredes de las casas del sertón, donde se guardan objetos menudos.

Catinga: formación forestal típica del *sertão*, de árboles achaparrados y tortuosos, espinos, cardos y cactus.

Catingueira: arbusto de flores amarillas que crece en lugares pedregosos y que durante la sequía sirve de alimento al ganado.

Ecô: grito con que los cazadores azuzan a los perros y los vaqueros conducen el ganado.

Fariña (farinha): harina, en especial la de mandioca.

Imbu: fruto del *imbuzeiro*.

Imburana: árbol pequeño, típico de la *catíng*a.

Imbuzeiro: arbolito muy frondoso, propio de la *catíng*a, cuyas raíces tienen grandes tubérculos que son reservorios de agua. Sus frutos son bayas comestibles.

Juazeiro: árbol alto y frondoso, característico de la *catíng*a. Proporciona al ganado sombra y alimento, no perdiendo el follaje durante la sequía.

Jatobá: especie de árbol.

Macambiras: familia de plantas que tienen como tipo al ananá, muy abundantes en el nordeste brasileño.

Macuná: árbol cuya semilla emplease para adobar comida y en uso medicinal.

Malungo: compañero. Entre los guerreros negros los malungos combatían juntos hasta la muerte.

Mandacaru: gran cacto, de porte arbóreo, tronco grueso y ramificado, que puede proporcionar madera en la base, flores enormes blancas que se abren de noche, siendo el fruto una baya espinosa. Es muy característico de la *catíng*a y sirve de alimento al ganado en la seca.

Mato: terreno inculto donde crecen plantas agrestes. // El campo (por oposición a la ciudad).

Matuto: campesino. En el norte de Brasil: hombre apocado y desconfiado.

Milréis: unidad monetaria.

Mulungo: árbol de tamaño mediano, de flores rojas dispuestas en racimos. Su madera es blanca, blanda, quebradiza y esponjosa.

Quipá: especie de cardo rastrero del nordeste.

Quixabeira: árbol típico del *sertão*, que produce un fruto de color negro llamado *quixaba*. En época de sequía, el ganado come sus hojas y sus frutos.

Rapadura: pan de azúcar moreno.

Retirantes: los damnificados que huyen de la sequía.

Sertanejo: poblador del *sertão*.

Sertão: sertón, desierto; la zona árida del nordeste brasileño.

Sucupira: nombre de distintas plantas leguminosas.

Tostão: moneda de cien reis.

Xiquexique: arbusto espinoso del sertão.

Índice

PRÓLOGO. Regional, universal	7
Mudanza.....	13
Fabiano.....	20
Calabozo	27
Doña Vitória.....	36
El hijo menor.....	43
El hijo mayor.....	49
Invierno	55
Fiesta	62
Baleia	73
Cuentas.....	79
El policía amarillo.....	85
El mundo cubierto de plumas	91
Fuga.....	98
Vocabulario	109

colofón